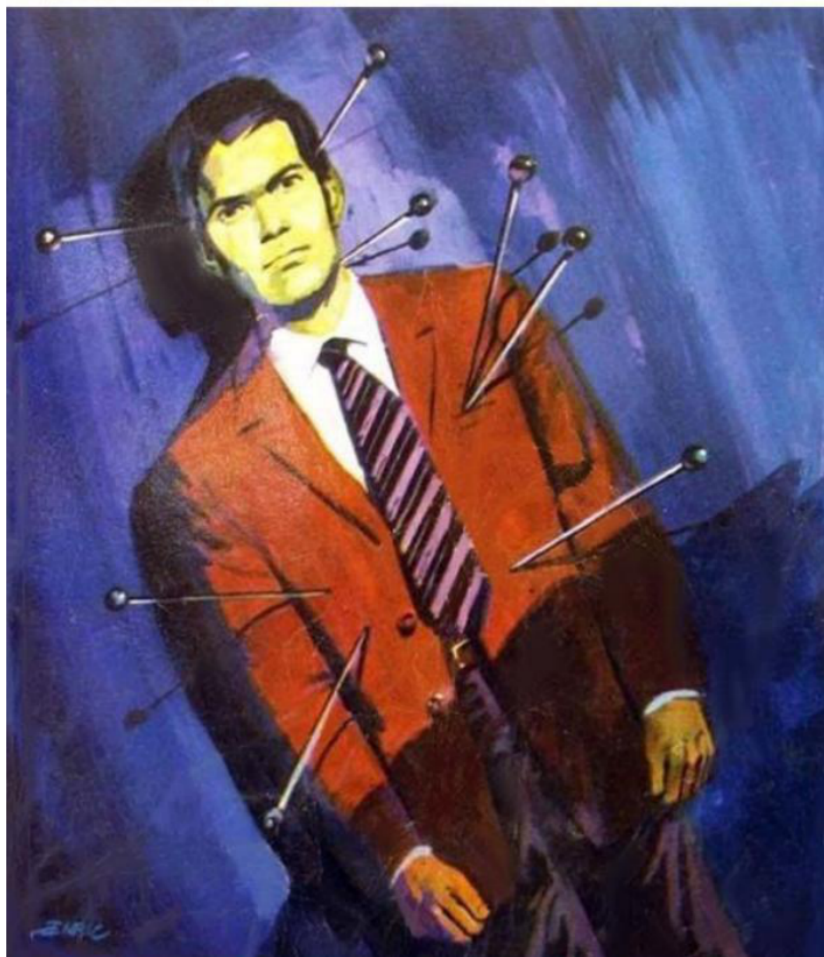


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

muñecos sacrificados

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

MUÑECOS SACRIFICADOS

Colección PUNTO ROJO n.º 506

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 44.310-1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1972

© RALPH BARBY - 1972

sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1972

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección COLORADO:
735. — Olor a pólvora en Río Grande.
- En Colección KANSAS:
694. — Pistolas que agonizan.
- En Colección CALIFORNIA:
786. — ¡Escapa, Jake, escapa!
- En Colección BRAVO OESTE:
570. — Llegó de Texas un pistolero.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.105. — El dragón amarillo.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
314. — El abogado «Colt».
- En Colección PUNTO ROJO:
484. — Para morir traje de seda.
- En Colección ASES DEL OESTE:
647. — Los torturados de Nogan.
- En Colección BISONTE:
1.106. — El futuro no es de los cobardes.

CAPÍTULO PRIMERO

En la amplia piscina del Arenas Hotel, donde el agua tenía una transparencia perfecta, se divertían y nadaban más chicas que hombres. La mayoría de ellas poseían un cuerpo escultural y muy poca tela en sus bikinis para cubrirlo.

Entre aquellas muchachas lo mismo se podían encontrar hijas de millonarios que maniquíes de alta costura, modelos fotográficas o estrellas del séptimo arte, así como *starlets* deseosas de ser vistas y contratadas para alguna película. Muchas de ellas tenían lo justo para pagar el hotel aquel día, y mientras buscaban la oportunidad de ser «descubiertas» por alguien importante. Otras, se mantenían con ciertas amistades protectoras que solían ser industriales o ganaderos tejanos, ya demasiado maduros para pretender que se les quisiera por sí mismos.

David Kane, más conocido en toda California, en especial Los Ángeles y San Francisco, por el sobrenombre de Investigador Cougar[1], se hallaba tendido en una tumbona articulada hasta la completa horizontal tomando su dosis de rayos cósmicos para dorar su ya tostada piel. Junto a él, en una mesita de cristal, protegido del sol y dentro de una heladora repleta de hielo, un alto vaso de *whisky* con soda.

A su izquierda, una chica pelirroja que podía agradecer a la madre Naturaleza la cantidad de redondeces con que la había dotado, jugaba con una larga brizna de hierba, que paseaba por la mejilla del hombre.

—No molestes, encanto.

—¿Me invitas a cenar esta noche? Hay una fiesta en el salón grande, dicen que acudirá mucha gente.

—¿Muchos magnates del cine? —preguntó Cougar con su voz algo ronca.

—Sí, habrá gente importante por todo lo alto.

—¿Quién invita?

—Nadie, es por reservaciones. Sólo te costará cincuenta dólares.

—¿Qué te crees que el sol me ha reblandecido los sesos? Veinticinco por cabeza. ¿Y qué van a servir, tortugas australianas en su salsa?

—Te equivocas, querido, son cincuenta por *ticket*. Te costaría cien dólares, pero ¿qué son cien dólares para el famoso Cougar?

—Fire —la llamaba «fuego» por su cabello encendido—, deberás posar tus preciosos y chispeantes ojos en otro pagano que no sea Cougar. Estoy flojo de fondos.

—Mentiroso. Lo que sucede es que querrás llevar a otra.

Una bella representante del sexo femenino empleada del hotel, cuyo uniforme consistía en unos *brassiers* y *minishorts* rojos con el escudo del establecimiento, se acercó a Cougar portando un teléfono blanco que depositó sobre la mesa. Lo conectó al enchufe que allí existía, y dijo:

—Señor Kane, le llaman al teléfono.

Cougar estiró la mano para asir el auricular. Se lo acercó al oído y dijo:

—Cougar al aparato.

—Cougar, soy Wong.

Wong era el ayudante oriental que Cougar tenía a su servicio en su despacho de investigador. Wong no sólo tomaba los recados, le llevaba el archivo y se ocupaba de la facturación, sino que también le ayudaba en algunas investigaciones, especialmente si el asunto tenía algo que ver con orientales.

—Un momento, Wong. —Tapó el auricular y se volvió hacia la pelirroja para decirle—: Anda, date un baño. Las rosas rojas, un poco húmedas, son más bonitas.

—Correcto, Cougar. Me doy por aludida y desaparezco.

Aquel prodigio de curvatura se puso en pie. Estiró su busto hinchando los pulmones de aire, caminó un par de pasos, juntó sus pies y dio un elástico salto para terminar zambulléndose en la transparente agua sin salpicar apenas. Fire era una excelente nadadora.

—Wong, ¿algún cliente con buenos fondos?

—Cougar, tengo al teléfono a Parrish Hoffman. Le he dicho que trataría de localizarle. Está deseando hablar con usted.

El oriental hablaba un perfecto inglés, es decir, un perfecto californiano que distaba mucho de ser el inglés de Londres. Cougar suspiró.

—Parrish Hoffman, el famoso actor de cine. Las chicas se descabellan por un autógrafo suyo. Si supieran de verdad la edad que tiene, seguro que se desinflan. Parrish sí tiene buenos fondos, pero es mi amigo y eso de hacer precio de amigos no me conviene. Claro que a lo mejor me busca para otras cosas.

—Cougar, ¿qué dice? —preguntó el oriental al otro lado del hilo telefónico.

—Nada, Wong, divagaba conmigo mismo y mi mala suerte. En fin, pásame al «provocasuspiros» de la pantalla.

En el despacho, Wong pasó una clavija del teléfono a la caja-puente que podía unir los dos aparatos. Luego, conectó la clavija del otro teléfono y de este modo pasó la conexión de uno a otro aparato gracias a la caja-puente que Cougar había adquirido en los bajos fondos de Hong Kong en una de sus visitas a la Colonia Imperial Británica.

—¿Parrish?

—¿Eres tú, Cougar?

—Sí, Parrish, puedes hablar.

—No escuchará nadie, ¿verdad?

—¿Qué misterios te traes entre, manos, Parrish? Te advierto que no puedo garantizarte que no seas oído. Me hallo en el Arenas Hotel. Puede que en la centralita estén escuchando. En fin, me parece mucha precaución. ¿Acaso tienes problemas?

—Sí, ven a mí *cottage*, ya sabes dónde es. No es preciso dar direcciones. Ya te explicaré.

—Bueno, pasaré a la noche.

—No, Cougar, ven ahora. Te necesito.

—¿Cómo amigo o como investigador privado? Te advierto que las tarifas son muy distintas. Como amigo, un *whisky*, como investigador privado, soy algo caro, ya lo sabes.

—No importa. Te necesito como investigador y será la productora quien pague la factura.

—Hombre, eso me gusta. En ese caso cobro mil diarios más gastos y si hay riesgos especiales...

—Frena, Cougar, frena, eso se lo cuentas al administrador de la

productora. Ahora ven a mi *cottage*.

—De acuerdo, de acuerdo. Abandonaré mi ración de rayos cósmicos. Ah, y hazme el favor de no morirme antes de que yo llegue. La productora cinematográfica podría irresponsabilizarse de las facturas. Esa gente tiene demasiados abogados y se las saben todas.

Escuchó cómo colgaban al otro lado del hilo. Después sonó la voz de Wong preguntando:

—¿Cliente a la vista, Cougar?

—Sí, Wong. Abre un *dossier* para Parrish Hoffman y averigua lo que puedas sobre él. Pide los datos a la Agency Center for Detectives.

—De acuerdo, Cougar. ¿Y si alguien llama?

—Por el momento estoy ocupado. Voy a dirigirme al *cottage* de Parrish Hoffman. Ignoro de qué trata el caso, pero nuestro galán parece preocupado. ¿Le habrá salido una verruga en la nariz?

Cougar colgó y se puso en pie. Apuró el *whisky* de un solo trago y se alejó pisando el bien recortado césped con sus sandalias de suela espumosa que proporcionaba el propio hotel previa introducción de medio dólar en la máquina instalada a la entrada de los vestuarios.

La pelirroja se asomó al borde de la piscina, percatándose de que el hombre escapaba sin decirle adiós.

—¡Eh, Cougar, Cougar!

El hombre volvió la cabeza para fijarse en el rostro mojado de la fémina.

—¿Qué hay de las reservaciones?

—¿Qué dices?

—¿Que qué hay de las reservaciones para la cena?

—Lo siento, no me gustan las tortugas Australianas —respondió, cínico, alejándose.

A bordo de su «Ferrari» rojo de importación, David Kane se alejó del hotel Arenas, ubicado a quince millas de Santa Rosa por la carretera del interior.

En realidad, aquel paradisíaco hotel había sido instalado en una zona desértica y árida. No era fácil que a su alrededor acamparan vagabundos o *hippies*. No había ni agua, pues el hotel se la hacía traer mediante una tubería subterránea desde la mismísima Santa

Rosa. Claro que les precios del hotel estaban a la altura de sus lujos.

Parrish Hoffman sabía vivir bien.

Su *cottage* ya no estaba en Beverly Hills o Sunset Strip. Todo aquello ya había pasado de moda, allí sólo vivían los que ellos llamaban «las momias del cine». Su *cottage* estaba en Malibú y hacia allá condujo Cougar su «Ferrari».

El agente de relaciones públicas de Parrish le franqueó la puerta. El agente no sabría nada de tratos y contratos, pero medía casi dos metros de altura y sus puños parecían lo suficientemente rudos como para no pensar en un pianista al verlos.

—A un lado, gorila. Tu amo me espera.

—Si es usted Cougar, sí, de lo contrario va a sentir lástima al mirarse la cara en un espejo mañana.

—Eres nuevo, gorila. ¿Cómo te llamas?

—Boronín.

—¿Ruso?

—Al servicio del capitalismo.

David Kane, que conocía bien la casa del actor cinematográfico, penetró en ella sin esperar a ser guiado.

Halló a Parrish Hoffman en su despacho, sumido en la penumbra. Sin saludar siquiera, Cougar se acercó al ventanal y descorrió las cortinas.

—No soy un murciélago, Parrish.

—Hola, Cougar. Menos mal que has venido.

—No por ti, no vayas a creer. —Se acercó más al actor, que se hallaba tendido en un sofá con las piernas y los pies cubiertos por una manta.

Se sentó en el brazo del sofá. Extrajo un cigarrillo del paquete un tanto aplastado que llevaba encima y le prendió fuego.

—¿Está conforme la productora cinematográfica con mis emolumentos?

—Sí, pagarán lo que yo exija. No te preocupes, Cougar.

—¿Aunque te lo descuenten de tu pago por el filme que estás rodando?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me has contratado directamente?

—Porque tengo miedo, Cougar, mucho miedo.

—Esto es una confesión en regla. —Lo miró al rostro—. Estás

muy pálido. Creo que éste no sería el momento más óptimo para que te vieran tus *fans*.

—Sí, creo que no es el mejor momento. La gente, a los actores que triunfamos, nos toman por héroes, más que eso, por ídolos, y no dejamos de ser mortales como los demás.

—¿Qué te sucede, Parrish? ¿Dónde has dejado tu vanidad, tu soberbia, tu narcisismo de costumbre? ¿Acaso te hayas de moral baja? Quizá necesitas unas sesiones de yoga como los Beatles.

—No te burles, Cougar. En otras ocasiones me debo al público y me es indispensable mantener una pose. El resultar antipático da sus resultados.

—Ya, es publicitario, pero me temo que regresa el romanticismo. Mala cosa para los duros, Parrish.

—No te he hecho venir para hablar de la publicidad que ya me tiene harto. Es algo más serio.

—¿Algo tan serio que tu gorila Boronín no puede solucionar?

Parrish tiró de la manta descubriendo sus pies desnudos. Cougar no pudo por menos que abrir los ojos, sorprendido.

—Por todos los diablos, Parrish, ¿qué te ha sucedido en los pies? Los tienes tan grandes como barriles de cerveza.

—Es horrible, Cougar. Anda, ayúdame a taparme. Yo no puedo ni ponerme en pie y esta noche tenía que asistir a una cena que dan en el hotel Arenas.

—Ah, sí, ya he oído hablar de ella, cincuenta dólares la reservación, pero ¿son tus pies los que me han traído aquí?

—Sí.

—¿Qué ha dicho el *doc*?

—El *doc* me ha mirado y remirado y ha diagnosticado alergia.

—¿Alergia a qué?

—Lo ignora, dice que hallar la causa de una alergia puede costar años. Lo mismo puedo tener el motivo alérgico en el *cottage* que estar en cualquier otro lugar por dónde haya pasado. El *doc* dice que esto se deshinchará en algunas horas. Me ha recetado unos antihistamínicos y ahí acaba todo para la medicina, pero yo sé que no se trata de alergia.

—¿Ah, no? ¿Qué es entonces?

—Brujería.

—¿Brujería has dicho? —Cougar no pudo por menos que

echarse a reír—. Te creía más sensato, Parrish. Sabía que los actores, de tantos kilovatios que os ponen sobre la sesera, os la reblandecen con más rapidez que a un boxeador los golpes de K. O., pero no hasta tal punto y tan pronto...

—Cougar, te hablo en serio. Me ha costado dos horas convencer al director del filme que estoy realizando y al jefe de la productora. Estoy por decirte que me han tomado por un chiflado, pero han accedido a que te contratara para que averiguaras mi problema. No sé cómo te las arreglarás, pero debes de hallar una solución. Por supuesto, de todo esto ni una palabra a la policía o la Prensa. El promotor ha puesto el veto al respecto.

—Ya, un escándalo famoso o una acción vandálica sí vale la pena, pero salir el ídolo Parrish Hoffman, muerto de miedo y con los pies hinchados como si fueran dos globos de feria, es noticia negativa.

—Exacto, Cougar. Veto a la Prensa.

—De acuerdo, Parrish, pero veamos qué es esa chifladura de la brujería. Preciso ponerme en antecedentes para saber si debo de seguir riendo o tomarte en serio.

—Antes, escucha el relato de lo que me ha sucedido. No omitiré detalle. Te contaré todo lo que aún no he dicho a nadie.

—Eso está bien, Parrish, no te olvides nada.

—Entonces, atiende y no te rías hasta el final.

CAPÍTULO II

Me hallaba en la reunión de no sé qué político que desea promocionarse para el Senado. Esa gente siempre está invitando a artistas de popularidad a ver si, por contagio, se les pega a ellos un poco también.

—Eh, mañana vamos a una ceremonia de brujería, la hacen en uno de esos templos donde se venera a Satán —dijo una voz de mujer, ni me fijé en quién era.

Hay que tener mucho aguante para soportar esos cócteles donde no se oyen más que palabras y palabras que no interesan. Pones una sonrisa al entrar y te la quitas al salir, a menos que hayas cogido una «curda» de por medio.

—Tú también vendrás, ¿eh, Parrish? —me dijo Evelyne, mi *partenaire* en el filme que estoy rodando.

Había bebido unas copas de más. Me encogí de hombros aunque respondí:

—A mí, esas tonterías de la brujería y del demonio me parecen un esnobismo más. Ya ha traído demasiado dramatismo con Mason y su familia en California.

Evelyne, que es más idiota de lo que parece en pantalla, rió diciendo:

—Si trae mala suerte asistir a una de esas ceremonias, será muy divertido.

Al día siguiente, metido en el coche de alguien, todavía no sé de quién, pues cuando me abrieron la portezuela creí que era de la productora, que venía a buscarme, fui conducido a un templo de esos de Satán que se halla en Santa Rosa.

A los actores de mucha fama nos llevan a tantos lugares, lo mismo para filmar una secuencia que para ganar un poco de publicidad para la película, que no sabemos nunca adónde vamos a ir a parar. De modo que adopté la táctica de sonreír y encogerme de

hombros. Lo malo es que me vi dentro de un templo de Satán.

La luz no abundaba. Evelyne se lo tomó en serio, y sentada en una fila delante de mí, repetía mejor que en el mismísimo plato todo lo que le pedían que gritara, a coro, por supuesto.

A mí, todo aquello me parecía de lo más desagradable dentro del esnobismo, pero hay que buscar nuevas formas para divertirse, ya que convertir en adúltera a la esposa de un amigo ya no tiene gancho ni aliciente.

Observé que clavaban agujas a unos muñecos mientras hacían signos cabalísticos y repetían ensalmos mágicos sobre el largo altar que yo llamaría escenario de actuación.

Unas mujeres, muy bellas por cierto, se pusieron a danzar con calculada sensualidad.

Una voz, a mi lado, dijo:

—Son las brujas elegidas de este año. Una de ellas, dentro de un mes, será proclamada la bruja reina.

Miré al que había hablado. Era Blood, un sujeto de Detroit que te lo encuentras siempre en Los Ángeles y sus alrededores.

Blood es un tipo fornido, de estatura media y que sonríe y habla con suficiencia. No se le puede localizar por la guía de teléfonos ni nadie conoce su dirección, pero siempre se encuentra en casa de alguien famoso en la política o el celuloide tomándose un *bourbon*.

Blood proporciona chicas si se le piden o drogas para una reunión. Es un tipo repelente al que todos miman para recurrir a él siempre que teman aburrirse. A Blood se le puede hallar en todas partes, hasta en un templo de Satán; yo lo tenía junto a mí.

Después de su baile, las hermosas brujas se surtieron de velas rojas y abandonaron el escenario, digo, altar del culto a Satán.

Comenzaron a repartir cirios rojos entre los concurrentes. La mayoría de ellos, antes de entrar en el pseudotemplo, se habían reído y hecho toda clase de chistes, pero en aquellos momentos todos parecían tomarse muy en serio la ceremonia.

Una de aquellas brujas se acercaba a mi repartiendo velas.

Era alta, morena, de grandes ojos verdes y labios muy pintados. Podía estar orgullosa de su anatomía y de su sedosa piel.

Blood dijo a mi lado:

—Ésa es Sandra. Casi seguro que será nombrada la bruja reina del año.

Confieso que la belleza de Sandra, unida a la noticia de que iba a ser nombrada la bruja reina, le dio mucha singularidad ante mis ojos.

La chica se me acercó. Me dio un cirio, un papel doblado disimuladamente y una mirada tan intensa que me hirvieron hasta los pies.

—Caramba, Parrish, cómo lo ha mirado, qué suerte tiene. Sandra no es una mujer vulgar.

Aguardé a salir del templo para desdoblar el papel que me había dado y leer su contenido. La verdad es que de la fantástica y aberracional ceremonia sólo vi la figura y el rostro de Sandra.

«Le aguardo a las siete de la tarde. Sandra».

Añadía su dirección.

Decidí que valdría la pena visitar a Sandra y por la tarde quise ser puntual.

Tomé uno de mis coches, uno discreto, de fabricación en serie para no ser reconocido y me dirigí a la Avenida Slauson. Ella vivía en el uno siete uno tres de dicha avenida.

La casa está rodeada por un muro ya viejo y tiene una gran verja de hierro como puerta. Tiene grandes jardines con mucho césped. Parecía un lugar agradable. Al fondo, la casa, casi una mansión de arquitectura moderna.

Nada más enfilar mi coche hacia la verja, ésta se abrió automáticamente. Rodé hasta la entrada de la casa, no se veía a nadie. Silbé y nadie me respondió, ni siquiera un perro. Confieso que sentí un leve escalofrío pero seguí adelante.

La puerta de la casa se abrió a mi paso. Me introduje en un salón que, aunque moderno, parecía severo. Los colores con los que estaba decorado eran el rojo intenso, el verde oscuro y el negro.

—¡Sandra! —llamé.

—Parrish, acércate a la puerta de la escalera. Te estoy esperando.

No pedía saber si la voz era de Sandra o no, ya que no la había escuchado nunca. Lo que sí sé es que era voz de mujer, pero una voz que parecía envuelta en el viento de las montañas. Sin embargo, me hallaba dentro de un salón moderno.

Miré alrededor. Todo estaba en orden. Les ventanales eran

grandes y por ellos penetraba la luz de la tarde, tamizada por cortinas blancas.

Ya que estaba allí, decidí obedecer la indicación que se me había dado a través de algún oculto altavoz.

Cuando me situé frente a la puerta me fui quedando a oscuras. El sol se apagaba en el exterior o la noche se me echaba encima, lo cual se me antojaba absurdo debido a la hora que era.

Más, el sol se ocultó y yo me quedé a oscuras. De pronto, arremetió contra mí una tromba de viento cálido, un viento del desierto que quemaba mi piel y me empujaba con una violencia tal que prácticamente me arrancó del suelo. Estuve a punto de rodar por el piso.

De pronto, el viento cesó. Yo seguí completamente a oscuras. Tanteé con las manos y sólo toqué una pared fría y lisa. No había muebles, no parecía haber nada, ni puerta siquiera.

De pronto, un bloque granítico se iluminó. Por lo menos era un punto de referencia. Con cierto temor y desconfianza, me acerqué al bloque de granito. Parecía muy antiguo y mediría unos cuatro pies de altura.

Al acercarme pude ver que en el centro de aquel bloque había un agujero en su parte superior. Dentro de él, unas brasas de carbón se hallaban al rojo. Descubrí unas inscripciones que no pude entender. No sé si eran signos cabalísticos o pertenecían al grafismo de una civilización ya extinta.

Lo importante es que recibí un gran susto al iluminarse una especie de cuadro tras el bloque de granito que parecía un incinerador para ofrendas.

La cabeza de una bestia horrible y de tamaño bastante grande apareció frente a mí.

Di un paso atrás y por poco me caigo de espaldas. Los ojos de aquel animal eran malignos, encendidos. Su boca parecía la de un horrendo mastín y agarradas por sus blancos y poderosos colmillos había figuras de mujeres desnudas, tres o cuatro, no recuerdo. Eran piernas escapando de las mandíbulas que devoraban el resto del cuerpo o viceversa. Aquella especie de bestia devoraba mujeres, que parecían gritar. Era horripilante. De pronto, escuché una risa y me volví.

Lo que vi entonces no me reconfortó precisamente.

Era el rostro de una vieja negra, iluminado por una luz que brotaba del suelo. Me acerqué a ella con temor y la observé de cerca. Si no era idiota, una cretina, por lo menos lo parecía y se hallaba sentada en una banqueta.

Comencé a escuchar un
tam-tam

muy lento y monótono. A lo lejos, no sé dónde, porque todo estaba oscuro, apareció una circunferencia verde que de pronto se apagó. Apareció en otra parte, es decir, a mi derecha. Volvió a apagarse y se encendió a la izquierda. Así rítmicamente.

—Parrish, te esperaba.

De pronto apareció Sandra, centrada bajo una de las luces verdes.

No parecía la misma. Llevaba ahora una peluca blanca, de cabellos tan largos que le arribaban a las piernas. Creo que el cabello era su único atuendo.

—¿Qué clase de broma es ésta? —le pregunté molesto.

A excepción de ella, todo me parecía desagradable en aquel lugar, aunque la propia Sandra estaba iluminada por una claridad que brotaba del suelo de entre las puntas de sus pies y le daba un aspecto fantasmal.

—No es ninguna broma, Parrish. Voy a confesarte mi secreto.

—¿Y cuál es tu secreto, preciosa?

—No soy bruja.

—Qué novedad. Hace muchos años, desde que me destetaron, que dejé de creer en las brujas.

—Pues hiciste mal, Parrish. Las brujas existen.

—¿No acabas de decir que tú no eres bruja? —inquirí molesto.

—Soy una exorcista, una enemiga declarada de las brujas. Yo no sirvo a Satán.

—¿Pero sí a esa bestia del cuadro que devora mujeres?

—Esa bestia, como tú la llamas, es Athemis, un viejo dios caído pero enemigo de Satán y que tiene la guerra declarada a las brujas. Lo que ves que devora no son mujeres sino brujas, enemigas de Athemis, de mí y de todos los hombres.

—Menudo rollo, Sandra. Hay que ser originales pero sin pasarse.

—No me crees, ¿verdad, Parrish?

—Naturalmente que no. Que si vas a ser la bruja elegida, que si

ya no lo eres, que si eres exorcista...

—Te explicaré, Parrish. Me he mezclado entre las brujas del templo de Satán para combatir las mejor.

Suspiré con fuerza mirando de reojo en busca de una puerta para largarme, una puerta que no hallé. El tam-tam

seguía monótono y la risa estúpida de la vieja negra también. Sólo faltaban murciélagos revoloteando sobre mi cabeza...

—Estás en peligro, Parrish. Todo lo hago por ayudarte, yo mismo me expongo al hacerlo. Estás en peligro, tienes enemigos.

—¿Y quién no los tiene? Todos los que trabajamos y triunfamos en Hollywood tenemos enemigos en abundancia.

—Pues guárdate de ellos porque han recurrido a las brujas para imponerte sus maldiciones. Vas a pasar por duras pruebas a menos que recurras a mí, la sacerdotisa de Athemis.

—Esto me carga, Sandra, déjame salir. Muéstrame la salida y olvídate de que he venido a verte.

—Podrás irte de inmediato, pero antes mira la fotografía de tu muñeco que yo he podido sacar en mi labor de espía. Tu muñeco, Parrish, se hallaba entre los malditos del templo de Satán que has visitado esta mañana.

Del techo o bóveda oscura cayó una fotografía con los bordes fosforescentes. En principio me resistí a cogerla, pero ella, sin moverse de su lugar, insistió:

—Tómala y mírala, es por tu bien. Sólo Athemis puede ayudarte.

Le di un vistazo al monstruo de Sandra y pensé que si él era quien tenía que ayudarme, estaba aviado.

Al fin, me agaché y tomé la foto. En ella aparecía un muñeco burdo, pero que se parecía a mí. Tenía dos largas agujas clavadas en los pies y junto al muñeco, preparadas, había un montón de agujas más.

—Yo no creo en esas paparruchadas —dije con rebeldía.

—Sólo te perjudicas a ti mismo al no creerlas, Parrish. La fotografía es auténtica. Ha comenzado la maldición de las brujas de Satán para ti, Parrish. Si no lo remedias esta misma noche pidiendo protección a Athemis, mañana no podrás caminar.

—Absurdo.

—Sólo conseguirás el favor de Athemis si vas a la dirección que

hay escrita detrás de tu fotografía y compras una onza de D.B.M. Me la traes aquí y yo extenderé ese polvo sobre las brasas. Su aroma ascenderá hasta el poderoso Athemis y entonces él te librará del maleficio de las brujas. Sólo él puede protegerte, pero debes de actuar esta misma noche, Parrish, esta misma noche.

—Tonterías. No creo en brujas, en esa bestia ni en ti, ni en esa negra idiota que no hace más que reírse.

Vamos, enciende las luces. Me cansa todo este teatro.

—Mírame, mírame, Parrish. ¿Soy hermosa?

La miré como me pidió y tuve que aceptar.

—Sí, sí lo eres, condenada bruja.

—No me llames bruja, Parrish, soy sacerdotisa de Athemis y mírame bien porque yo soy tu protectora.

Sin apenas moverse del sitio comenzó a oscilar en un baile sensual. Me la quedé mirando como un imbécil y la verdad, no sé por cuánto tiempo.

Al fin, ella se quedó quieta mirándome con sus enormes ojos verdes. Sonrió, extendió sus brazos y musitó:

—Cógeme, Parrish, cógeme con tus manos.

Me acerqué a ella. Subí unas escaleras y una especie de cristal me impidió avanzar. Era frío y muy duro. Lo golpeé con mis puños, creo que con rabia, pero no cedió. Ella sonreía tras el muro transparente extendiendo sus brazos hacia mí.

—Esta noche, Parrish, esta noche o no podrás escapar de la maldición. Esas agujas que has visto sólo son el principio, Parrish, sólo el principio.

Se apagó la luz que la iluminaba, también las de la bruja y la bestia Athemis. En cambio, se iluminó el hueco de la puerta y salí por ella como una bala.

Cuando me hallé en el saloncito que viera a mi llegada, respiré hondo. La puerta se cerró tras de mí.

Salí de la casa a la carrera. Mi coche aguardaba en el jardín. Montó en él, encendí los faros y taladré la noche con ellos.

La puerta de la verja se abrió a mi paso y salí a la carrera como alma que lleva el diablo. Estaba asustado y podía haberme visto cadavérico más que pálido de mirarme al retrovisor.

Rodé a buena velocidad.

Pensé que una copa en cualquier bar me haría bien y me detuve

en uno con poca luz para no ser reconocido. No tenía deseos de que me fastidiaran pidiéndome autógrafos.

Al ir a pagar, noté la fotografía en mi bolsillo, la saque y la observé atentamente para comprobar que no se trataba de una pesadilla. Le di la vuelta y en el dorso había escrito un número y una calle, Olvera Street, el distrito mexicano de Los Ángeles, y las siglas «D.B.M., una onza».

Quedé perplejo. De súbito, decidí averiguar qué era aquella dirección.

De nuevo me puse al volante del coche y llegué a las señas indicadas, que resultó un tienducho oscuro.

Una vieja india lo atendía, pero había dos hombres más con cara de poquísimos amigos sentados alrededor de una tosca mesa. Imaginé que podían estar armados.

Uno de ellos era caucásico y el otro, oriental, con una cicatriz sobre la ceja. Ambos me parecieron peligrosos, mas no llevaba encima dinero ni nada de valor y aquello me tranquilizó.

La tienda era repugnante. Tenían serpientes en frascos de vidrio, botes con productos extraños, una hilera de murciélagos disecados colgados de sus patas, cascarones de tortugas y otras porquerías más o menos envasadas.

Me pareció absurdo que en el avanzado Los Ángeles pudiera existir un tienducho de aquella clase, habilitado para la venta de artículos aptos para toda clase de embrujos y maleficios.

—Quiero una onza de D.B.M.

Los dos tipos me observaron de reojo.

La vieja india, que me pareció una bruja, sonrió. Se inclinó hacia mí sobre el sucio mostrador y me preguntó en un susurro:

—¿Trae el dinero para pagarlo?

—Sí, claro, le pagaré ahora —dije pensando que llevaba unos pocos dólares en la cartera.

—Bien, son cien mil dólares por una onza.

Creo que me quedé más pálido que en la casa de Sandra. Tosí y al fin, prorrumpí en una carcajada.

—Bromea, ¿no?

—En absoluto. El D.B.M., es muy difícil de obtener y por consiguiente, muy caro. Lo tengo bien guardado y sólo lo entrego cuando me pagan al contado y en billetes pequeños. A las indias

viejas como yo no nos van los billetes grandes. La policía enseguida sospecha que los hemos robado.

—Pero ¿qué diablos es el D.B.M., uranio reconcentrado?

—Oh, no, es lo que indican sus iniciales. Dientes de bruja molidos. Son difícilísimos de conseguir. Hay que hurgar en todos los incendios a lo largo de la historia y esperar que una bruja haya sido quemada viva. Sel busca su dentadura y si hay suerte, se rescata de entre las cenizas. Se muele después y eso es el D.B.M. Como verá, es muy laborioso hallar una onza de D.B.M. Hay mucha gente que lo busca secretamente porque las brujas maldicen a los buscadores de sus dientes. Ellas saben bien que sirven para hacer exorcismos que anulan sus embrujos.

Fui caminando de espaldas. Creo que, si me hubiera puesto a hablar, habría tartamudeado en aquellos momentos. Abandoné la tienda y subí al coche.

Al llegar a mí *cottage*, me metí en la cama y durante la noche comenzaron a picarme los pies.

Al amanecer, miré cómo estaban mis pies... ¡La maldición me ha caído encima!

CAPÍTULO III

Cuando Cougar se introdujo en el gran salón del Arenas Hotel, éste casi bullía de gente pese a los cincuenta dólares de reservación.

En otros tiempos se habría exigido una rigurosa etiqueta, pero entonces cada cual vestía como mejor le parecía y se formaban grupos de charla en torno a los cuales revoloteaban bellas y jóvenes féminas.

Su sagaz mirada color jade descubrió a Blood. Lo rabia visto sólo en alguna ocasión, pero le conocía.

Blood era, en efecto, un hombre de estatura mediana y fornido. Portaba un bigote grueso y abundante y la cabellera, bastante larga, le ocultaba el cuello de la camisa por la espalda.

Mientras Cougar descubría a Blood, alguien le descubría a él acercándosele por la espalda.

—Hola, encanto. ¿Aumenta tu cuenta de ahorros?

Reconoció de inmediato la voz femenina, pero se volvió despacio hacia ella, dándose por aludido.

—Fire, creí que no podrías venir a esta cena. ¿Hacen descuento a las chicas bellas o has encontrado a alguien más atento que yo?

—La verdad es que actualmente los hombres sois demasiado positivos. Cuentan que antaño, por una sola mirada, se regalaba un diamante. Hoy en día, por una reservación, se nos pide toda una larga noche de atención.

—Si yo tuviera diamantes también te los regalaría, Fire.

—No me digas. ¿Y para qué me los darías, para que les sacara brillo y te los devolviera después?

—Fire, me estás tomando por un tacaño y no creo serlo.

—Demuéstramelo.

—No voy a ofrecerte dinero, sería ofenderte. Eso sólo lo aceptan las mujercuelas.

—Desde luego, encanto, pero hay un vestidito que yo misma lucí

en un desfile... Ya sabes, como no me contratan para el cine, voy pasando modelos para sostenerme.

—Si quieres te sostengo yo. Tengo brazos fuertes.

—No te burles, Cougar. Si tuviera mejores vestidos y pudiera causar sensación, los gordinflones productores se fijarían más en mí y dirían: «Ajá, ¿quién es esa chica?».

—¿De qué chica hablas? —preguntó él, mirando alrededor maliciosamente.

—Si llevara bolso de mano te lo rompería en la cabeza, Cougar.

—Mira, Fire, no te enfades. Se te ha metido en esa cabecita loca actuar en el cine y no es tan bueno como tú crees. Además, hay muchos intereses creados. «Tú me conoces, yo te conozco. Tú pones dinero y yo pongo a mi hija y quién dice a mi hija, a mi amante, etcétera. Tú pretendes llegar a Hollywood con tus encantos femeninos, que no son pocos. Que se fijen en la divina pelirroja y ¡hala!, al cine, a hacer soñar a los varones repantigados en sus mullidas butacas y a que las amas de casa suspiren por ser iguales a ti mientras llegan a su casa, se comen una hamburguesa y se colocan rulos en la cabeza. El marido sigue soñando contigo porque sus mujeres les parecen horribles».

—¿Pretendes que me eche a llorar? Pues te equivocas, Cougar. No soy una histérica de las que se estilaban antes. Quizá se consigan cosas con las lágrimas, pero no soy de las que lloran, sino de las que emplean sus uñas para arañar.

Como que Fire daba por terminada la conversación, Cougar la cogió por el brazo reteniéndola.

—Aguarda, Fire. Tengo un buen cliente ahora y van a pagarme bien.

—No me digas que te sientes obsequioso.

—Si quieres tu modelito para impresionar a los gordinflones, cómpralo y pásame la factura.

—¿Qué ocurre, Cougar, tendré que creer en ti?

—Claro que si me haces un favor, todo irá mejor.

—No, eso sí que no, yo no tengo precio, cuando me piden favores es como amigos. Si amo a un hombre no le costaré ni un centavo.

—A mí me parece todo lo contrario. Si amas a un hombre, vas a costarle muchos dólares, pero no temas, no es esa clase de favor la

que voy a pedirte. No me interesas como mujer. —Ante el gesto furioso de ella pues los ojos le centellearon y las uñas se clavaron en sus propias palmas, agregó suavizando—: Esta noche.

—¿Y cuál sería el favor entonces?

—Bueno, si haces lo que te digo, también te ayudarás a ti misma porque se fijarán en ti muchas de las personas que están en esta cena del mundillo cinematográfico.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer para que ocurra tal prodigio?

—Te acercaras al bar y pedirás una copa grande y ancha.

—¿La lleno de champaña?

—No corras. Pides que te echen la mitad de cola burbujeante y la otra mitad de sherry.

—Cougar, eso estará horrible. ¿Por quién crees que van a tomarme?

—No te pido que te bebas ese combinado. Tú, con él en la mano, vas a demostrarme si de veras sabes interpretar o sólo te lo imaginas.

La bella pelirroja, que vestía un atrevido vestido *short* rojo, asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero ¿qué tengo que hacer?

—¿Ves aquel tipo que está allí? Se llama Blood.

—Sí, le conozco. Una vez me propuso ciertos trabajos que nada tienen que ver con el cine. Es un proxeneta y creo que también vende drogas.

—Sí, un tipo repelente al que muchos miman para satisfacer sus más bajos instintos cuando les interesa y me alegro de que tampoco te sea simpático.

—¿Por qué, acaso porque te interesas por mí?

—Lo digo porque ese combinado a base de cola y sherry deberás echárselo encima.

—¿Cómo? —exclamó sorprendida—. ¿Se trata de una broma para Blood?

—Sí, una broma que creo no va a divertirle, pero una broma al fin y al cabo. Por supuesto, simulas un tropiezo como si alguien te empujara. Te giras súbitamente y le echas encima de su camisa y chaqueta todo el contenido de tu copa. Que no se desperdicie ni la última gota.

—¿Y qué vas a ganar tú con esa broma pesada? ¿Acaso odias a Blood?

—Algún día te lo explicaré. Secreto profesional.

—¿Le estás investigando?

—Podría ser.

—¡Huy, qué interesante! Por cierto, ¿por qué la combinación de cola con sherry?

—Porque mancha mucho, querida, mancha mucho —aseguró con cinismo.

—Ya, eres muy listo y astuto, Cougar, no en vano te llaman «la pantera americana». Por cierto, se me ocurre otra cosa.

—¿El qué? —preguntó con cierto fastidio al tener que dar tantas explicaciones.

—¿Y si tras echarle la bebida encima se le ocurre pegarme?

—No lo hará, hay demasiada gente aquí. Quizá a solas sí sería lo suficientemente canalla para hacerlo, pero nunca en público. Sin embargo, yo estaré atento a lo que ocurre y si Blood se revuelve tendría especial gusto en hacerle la cirugía estética facial en un par de segundos; claro que no garantizo los resultados de tan rápida intervención.

—De acuerdo, Cougar. ¡Lo que se tiene que hacer por un modelito que una no se puede pagar! ¡Quién pudiera casarse y pasarle las facturitas al marido con la mejor de las sonrisas!

Fire paseó su espléndida belleza por el gran salón en el que abundaban las féminas hermosas, rivalizando entre sí, las unas para destacar y las otras para conservar.

El camarero la miró en forma extraña tras su petición. Luego, ante la sonrisa de Fire, se encogió de hombros objetando:

—Después de todo me han pedido cosas más raras.

La bebida oscura y burbujeante llenó la copa ancha, de talle macizo y delgado.

Fire probó un sorbo. Esbozó una mueca de desagrado y al ver que el camarero la observaba, esperando su reacción, sonrió forzosamente.

Dio media vuelta y evolucionó entre los asistentes. Observó a Cougar cerca de la entrada y luego asintió con la cabeza.

Comenzó a moverse como si estuviera algo picante por la bebida y en su interpretación, se acercó a Blood. Aguardó a que un par de

asistentes varones pasaran cerca de ella y simuló apartarse para no tropezar con ellos.

Lanzó un agudo chillido. Blood se volvió sorprendido por aquel grito que había sonado en su mismísima oreja y todo el contenido de la copa se le vino encima.

El disgusto se reflejó en el rostro de Blood. La furia asomó a sus pupilas pequeñas y oscuras.

—Disculpe, disculpe...

—¿Le ha sucedido algo, señorita? —preguntó uno de los dos hombres que aparentemente la habían hecho tropezar.

—No, no, al que le ha ocurrido es a este caballero... Rápidamente, Fire sacó un pañuelo y ante la quietud de Blood comenzó a pasárselo para limpiarle la camisa y la chaqueta. Lo que hizo fue extender la mancha por la nívea camisa y la chaqueta de color crema.

—Nosotros tenemos la culpa —dijo el otro hombre—. Íbamos charlando y...

La expectación era general. Blood dio un manotazo apartando la mano de Fire con ira.

—Qué malos modales —objetó uno de los hombres. El otro añadió:

—Un accidente puede tenerlo cualquiera.

—Qué desastre, me sabe mal por el pobre caballero. Ha quedado tan manchado... Nunca hubiera supuesto que los combinados que sirven aquí mancharan tanto.

—Señorita, ¿nos permite que la invitemos a otra copa? —preguntó uno de ellos.

El otro agregó:

—Hacemos *spots* para la televisión en color.

Fire buscó a Cougar con la mirada, pero éste hacía desaparecido. Al fin aceptó:

—Por supuesto que les acepto una copa. Me llamo Ames Sheridan, pero me apodan Fire y soy modelo de altos modistas, no vayan a creer.

—Fire, con un cabello tan rojo, es muy apropiado. Venga, venga con nosotros.

Blood salió del edificio del hotel para dirigirse al *parking* donde recogió su auto, un «Pontiac» oscuro modelo 71.

Dentro del maletero del «Pontiac», encogido, viajaba Cougar que lo había abierto con una diminuta ganzúa. Lo mantenía ligeramente levantado con un pedazo de goma para que no se le cerrara desde el exterior, impidiéndole salir cuando lo deseara.

Por la inclinación que tomó el automóvil no le cupo la menor duda de que descendían por una rampa, posiblemente el *parking* subterráneo de algún edificio.

Blood quitó el contacto y abandonó el coche.

Cougar, con mucha precaución, aguardó a que los pasos de Blood se alejaran y fue abriendo cuidadosamente la tapa del maletero.

Vio a Blood tomar el ascensor. Abandonó el «Pontiac» rápidamente y cerró el portaequipajes para que con posterioridad no se descubriera su viaje como polizón.

Se acercó al elevador. No había indicador de pisos, pero sí la luz roja de una flecha que indicaba funcionamiento.

Desde el instante mismo en que Blood entrara en el ascensor, poniéndolo en marcha, Cougar había presionado el resorte que hacía funcionar la saeta cronométrica de su reloj de pulsera automático.

Aguardó a que el ascensor se detuviera y paró el cronómetro.

—Setenta y tres segundos—murmuró.

Puso la saeta a cero nuevamente y llamó al elevador pulsando el botón correspondiente. Ignoraba dónde se hallaba y la clase de edificio que era aquél. Sólo sabía que se encontraba en un *parking* subterráneo en el que apenas había coches. Aquello le extrañó. Allí había plaza para doscientos coches como mínimo, pues el garaje tenía dos pisos cruzados y aparte del «Pontiac» de Blood sólo podía ver tres coches más.

Se introdujo en el ascensor y pudo ver que el edificio que se hallaba sobre él tenía treinta y siete pisos. Sin vacilar, pulsó el botón del último piso al tiempo que de nuevo accionaba el resorte de su reloj de pulsera que hacía funcionar la finísima aguja cronométrica.

Acertó su pulgar al cuadro de mandos y lo detuvo frente al botón de *Stop*. Cuando su reloj marcó los setenta y tres segundos, pulsó el *Stop*.

El elevador, de alta velocidad, se detuvo con un brusco frenazo

que lo hizo tambalear ligeramente.

La puerta se descorrió y apareció en el piso veinticuatro.

La doble hoja de acero se cerró a su espalda. Observó las puertas que se abrían en el largo corredor.

—Vaya, es un edificio comercial, oficinas, agencias.

¿A cuál de ellas se habrá dirigido Blood?

Se dispuso a aguardar el tiempo que fuera preciso. Por el cronómetro estaba seguro de que Blood se había detenido en aquel piso, pero ignoraba en qué puerta había entrado.

Al fin, una de ellas se abrió y apareció Blood con una camisa y una chaqueta distintas. Su rostro parecía, malhumorado, pero estaba dispuesto a regresar al Arenas Hotel para aprovechar la noche. En el hotel había mucha gente con dinero que podían proporcionarle buenos negocios a través de las mercancías que él ofrecía.

Cougar se ocultó tras un recodo del pasillo que formaba un ángulo recto de noventa grados.

Blood tomó el ascensor que halló en la planta veinticuatro tal como él mismo lo dejara. Ello le daba una garantía de no haber sido seguido por nadie, lo que ignoraba es que Cougar estaba allí escondido.

Ya desaparecido el ascensor, Cougar se enfrentó con la puerta de la que había salido Blood. Un rótulo rezaba:

«B. W. & Company,
Importación de Antigüedades».

Introdujo una ganzúa en la cerradura y no tardó en franquear la puerta con suavidad.

Penetró en la estancia cuidando de no encender las luces, ya que si el edificio era exclusivamente de oficinas tendría muchos cristales y el propio Blood, desde la calle, podría ver luz en su despacho y alarmarse. Cougar utilizó una linterna sorda, pequeña pero de gran potencia.

El despacho parecía más que vulgar y bastante vacío.

Un par de mesas para máquinas de escribir, un archivo con cartas que no le parecieron importantes, fotografías clavadas en las paredes reproduciendo a todo color valiosas antigüedades, quizá introducidas en Estados Unidos por la B.

W. Company.

El despacho particular de Blood no tenía tampoco nada de particular.

Su enorme cristalera daba a la calle y desde ella podía contemplarse una gran parte de la ciudad con su nube de *smog* sobre ella, como aplastándola.

Todo parecía normal, incluso una gran caja de caudales de dos metros de altura por tres cuartos de ancho.

—Será para guardar antigüedades —comentó Cougar. No creía que una caja tan grande la llenaran de billetes.

De pronto reparó en algo importante. La ropa sucia que Blood se había quitado no aparecía por parte alguna, ni siquiera en el lavabo.

Al experto investigador le inquietó aquel detalle. ¿Cómo había hecho desaparecer Blood su ropa manchada? ¿Tenía algún escondrijo?

Clavó su mirada en la gran caja de caudales que siendo muy grande no era de precio elevado. En realidad, era una caja sencilla. Cougar conocía la marca.

—¿Habrás guardado la ropa sucia aquí dentro?

Se enfrentó con la caja. No portaba estetoscopio y hubo de pegar su oído al metal. El gran silencio que reinaba en el edificio, prácticamente vacío, le ayudó, pero transcurrieron los minutos y su frente se perló de sudor por la tensión.

Al fin, accionó la gran rueda timón y la puerta de dentro, de un par de pulgadas de grosor, cedió.

Dentro de la caja había varios estantes y sobre ellos, algunos jarrones y estatuas orientales, también un tríptico románico-provenzal de madera.

—Obras de arte antiguas. ¿Serán auténticas?

Mas, la ropa sucia no aparecía y aquello seguía intrigándole.

Se introdujo en la caja y la revisó con atención. Ningún resorte apareció por parte alguna hasta que se dedicó a mover los jarrones.

—A levantar uno de ellos, gracias a su elevada estatura descubrió un resorte oculto por la base del jarrón chino, de la dinastía de los Ming.

Al fondo de la caja se abrió una segunda puerta y al otro lado apareció una especie de miniapartamento. Una mesa con cajón archivo, una cama y un lavamanos cuyas tuberías deberían de

conectar con las del lavabo de la oficina de la compañía importadora, que no era más que una pantalla tras la que se escudaba Blood.

—Un escondite perfecto. Habrá comprado la mitad de la oficina contigua. Una pared de ladrillos la separa de la otra y sólo a través de la caja de caudales se llega hasta aquí. El astuto Blood puede dormir tranquilo sin miedo a ser sorprendido.

En el suelo, al pie del armario, estaba la ropa sucia que tanto buscara.

En la mesa halló varias carpetas. alguna de ellas habría interesado al departamento federal de narcóticos. Allí estaban escritos los nombres de los proveedores de Blood.

En una carpeta negra especial halló una lista escrita en blanco sobre fondo negro. Eran nombres muy populares en el mundillo cinematográfico, actores, productores y actrices. En el octavo lugar pudo leer claramente: «Parrish Hoffman».

—¿Será la lista de los «embruados» o simplemente clientes de quién sabe qué? Por si acaso, será bueno que lo investigue.

Sacó una libreta de apuntes y tomó nota de los nombres con la numeración que les correspondía. Siguió revisando y halló una lámina de huecograbado a todo color, tamaño folio. Era el anuncio de un *night-club* de París. Estaba escrito en francés menos la frase *The Texas Girl, Strip-tease*.

En el centro aparecía una chica tal como había venido al mundo, en una pose coqueta que poco mostraba y sí era muy insinuante.

Era morena, de grandes ojos verdes, y Cougar no la había visto nunca. No halló nada más interesante. Blood debía de quemar o destruir cuantas cosas pudieran comprometerle demasiado.

Por lo que había descubierto allí, Blood podía ser arrestado por los federales, pero como tenía dinero y además no carecía de influencias, pues si abría la boca mucha gente resultaría perjudicada, no tardaría en salir con una libertad provisional como pena máxima.

Recogió cuánto había tocado, lo colocó en sus sitios respectivos y abandonó la habitación secreta que Blood se había construido al estilo de los castillos europeos del medioevo en un anodino edificio de apartamentos de los que había a docenas en Les Ángeles.

CAPÍTULO IV

—¿Qué te ha dicho el *doc*, Parrish?

El famoso actor y galán del celuloide se hallaba tendido en una mullida hamaca con los pies expuestos al sol, unos pies hinchados a los que habían adherido un puñado de sanguijuelas.

—Por todos los diablos, Cougar, ¿qué has averiguado?

Cougar tomó un cigarrillo del paquete que el propio Hoffman tenía sobre la mesa. Le prendió fuego mirando los pies del actor.

—Veo que siguen muy hinchados. ¿El *doc* sigue pensando que es alergia o ha cambiado de opinión?

—Tú y yo sabemos que no es alergia, Cougar.

—No me digas que sigues emperrado en que es una maldición de brujas.

—¿Qué es, si no? Yo tampoco creía en brujas, pero mis horribles pies, repletos de sanguijuelas y expuestos al sol para ver si reaccionan, me hacen creer que sí hay brujas. Lo primero que tienes que hacer es ir a ese maldito templo de Satán a rescatar mi muñeco.

—¿Y destruirlo? A lo peor, te destruyo a ti.

—No te burles, Cougar. Busca ese muñeco y tráemelo.

Hasta que no le quite esas malditas agujas que le clavaron no me sentiré seguro. Mis pies no se curan, no puedo trabajar. Los de la productora ya se están cansando de este asunto. Lo tienen todo parado. Pierden mucho dinero diariamente.

—Pues que filmen otras secuencias mientras el galán de los pies gordos se repone.

—Maldita sea, Cougar, ¿por qué te pediría ayuda? —Se golpeó el muslo con el puño, lleno de rabia.

Un sanitario que leía el diario en una tumbona, algo distante de ellos y sobre el bien cuidado césped del jardín dobló el periódico.

Se acercó a Hoffman y comenzó a quitarle las sanguijuelas ya repletas de sangre succionada. Después, sacó un tarro repleto de

sanguijuelas delgadas, pero Hoffman no quiso ni verlo.

—¡Al diablo con las sanguijuelas y las sangrías! ¿No ve que mis pies están gordos lo mismo y las sanguijuelas me chupan la sangre?

—Será preferible que lo deje un poco tranquilo, enfermero. Nuestro amigo está molesto y creo que con razón. Yo, de ti, cambiaría de médico y me haría una revisión más a fondo para ver lo que sucede realmente en tus pies. Será la única forma de que diagnostiquen acertadamente y te puedan curar.

—El doctor Stanley ha dicho que le pongamos las sanguijuelas —indicó el enfermero.

—Al diablo con las sanguijuelas —masculló Hoffman—. Mi amigo tiene razón. Dígale al doctor Stanley que ya le avisaré cuando me encuentre peor.

El enfermero demostró su abierta hostilidad hacia Cougar, pero recogiendo sus botes de sanguijuelas se alejó.

—Tienes razón, Cougar, debería de visitar a otro médico, pero Stanley es el que me ha enviado la productora y ese tipo es su enfermero. Si no sigo los consejos de Stanley, la productora puede demandarme por daños y perjuicios al negarme a ser tratado adecuadamente.

—Creo, Parrish, que eres la gran víctima, una víctima propicia, muy propicia.

—¿De qué hablas, para quién soy una víctima?

—Para los chantajistas, extorsionistas y racketeros.

—¿De qué estás hablando?

Cougar suspiró. Chupó el cigarrillo, llenó de humo sus pulmones y esperó a hablar hasta que los hubo vaciado. Después puntualizó:

—Te están presionando para que sueltes esos cien mil dólares, Parrish. Quizá, en principio, sólo sean cien mil, pero luego volverán a la carga pidiéndote más. Son profesionales. Tú, en estos momentos, estás en período de calentamiento y luego entrarás en rodaje.

—¿Quieres hablar más claro y no hacerme un lío? —inquirió excitado.

—Parrish, opino que estás en un óptimo y propicio momento para esos extorsionistas. Eres un galán de moda, ganas mucho dinero, tienes una cuenta corriente saneada y estás rodando un filme en estos momentos. El interrumpirlo te causa un gran

quebranto a ti y a la productora. Te estás poniendo nervioso, y como galán del cine que eres, es muy lógico que te preocupes por tu salud y por tu físico.

—¿Quieres decir que me han hinchado los pies para que pague esos cien mil dólares y que Sandra no es bruja ni nada, sino una timadora, estafadora, chantajista, extorsionista, etcétera, que puede compendiarse en una sola palabra?

—Delincuente.

—¿De veras crees eso?

—Estoy seguro, sólo que son muy hábiles y no dejan pruebas. No hay resquicio por dónde atacarles, de momento. Ellos no han dicho que te harían daño, no les puedes acusar de malos tratos, sólo puedes acusarles de embrujamiento, y un juez no aceptaría esa acusación. Claro que si pudieras demostrar que ha sido esa Sandra o alguna otra persona concreta quien te ha puesto los pies de esa forma, todo cambiaría. Podrías denunciarlos y te librarías de ellos.

—Todo muy técnico, muy legal, pero yo tengo los pies hinchados y nadie me los ha tocado para nada. Se me han inflamado durante la noche.

—¿Cuándo estuviste en la casa de Sandra no te descalzaste en ningún momento?

—¿Crees que me hicieron allí esta cochinada?

—Sí. Pudieron haberte tratado los pies con algún producto, un fármaco o un mejunje de esos que fabrican las brujas indias o chinas. Te frotan los pies con él y luego, al cabo de un tiempo, entra en reacción debajo de la piel y se te hinchan dolorosamente como te ha sucedido.

—Es que yo no me quité los zapatos en esa horrible casa.

—¿No perdiste el sentido en ningún momento?

—En absoluto, nadie me golpeó. Lo recuerdo todo, absolutamente todo. Nadie se me acercó para tocarme los pies, puedo jurarlo y aquí tampoco. Pasé tanto miedo, que me encerré en casa y sin que nadie se me hubiera acercado al amanecer tenía los pies hinchados.

—Parrish, me da la impresión de que no quieres colaborar. ¿De qué tienes miedo? ¿Acaso han influido de veras en ti esas maldiciones? No seas idiota, eso son supercherías. Influyen en personas algo supersticiosas como tú, pero nada puede hacerse

contra un hombre. No existen las maldiciones.

—De acuerdo, de acuerdo, son supercherías, pero no estaré tranquilo hasta que ese muñeco que han hecho de mi persona obre en mi poder.

—Eso es lo que ellos esperan de ti, Parrish, que te lo creas.

—Cougar, en realidad ellos no me han pedido nada. A esa Sandra sólo se le ha ocurrido que para que su dios Athemis me ayude debo de ofrecerle una onza de D.B.M.

—Lo que indica que la tienda de productos repelentes también está en combinación, pero no se puede enviar allí a la policía porque no podría practicar detención alguna. Cada cual es libre de vender lo que quiera mientras se lo compren y no esté vedado por el código como las drogas. Supongo que tampoco crearás que tienen dientes de bruja molidos, ¿verdad?

—¿Crees que son unos polvos cualesquiera?

—Naturalmente. Con machacar dientes de cualquier otro animal que hallen en el matadero de la ciudad tienen suficiente. Son muy astutos, Parrish y creo que tienen un sistema muy bien montado. Tú no has sido su primera víctima. Parece que el negocio les va bien. La gente del cine, por la vida que lleváis, sois idóneos para esta clase de supercherías y esta vez os quieren clavar bien hondo sus colmillos. Estoy seguro de que si hicieras una queja privada al departamento de detectives en Los Ángeles, la policía entraría en acción.

—Y dale con la policía. Luego, a alguien se le escapa algo y viene la publicidad negativa. Sólo te pido que recuperes mi muñeco, eso es todo.

—¿Y crees que recuperando tu muñeco de cera al que clavan las dichas agujas te ibas a librar de lo que se te viene encima?

Boronín, el guardaespaldas de Parrish, se acercó con una carta en la mano.

—Señor, en el buzón había esto para usted.

—¿En el buzón? ¿Quién me habrá escrito? Toda mi correspondencia va dirigida a la productora para que nadie me moleste. Allí la revisan y seleccionan y las secretarias de la productora son las que se encargan de enviar mis fotos autografiadas, es decir, les ponen el tampón con mi firma.

En el sobre sólo ponía «Parrish Hoffman» y la dirección

correspondiente al *cottage*.

El actor rasgó el sobre y de su interior extrajo una fotografía.

—¡Cougar, la foto!

—Sí, no cabe duda que es tu muñeco —asintió Cougar.

—¡Lo mismo que la otra, pero ahora el muñeco tiene un par de agujas clavadas en los muslos! ¡La maldición va subiendo por mi cuerpo!

—¿Dónde está la otra fotografía, Parrish? Con las dos y más teniendo la otra una dirección escrita, podemos acudir a la policía.

Parrish estaba pálido. No quería ni oír hablar de la policía, pero buscó ansioso la otra fotografía. Fue inútil.

—No sé dónde está, ha desaparecido. La tenía en mi bolsillo, maldita sea.

—Calma, Parrish, calma, no te pongas nervioso. Lo que ellos pretenden es que pierdas los nervios y pagues los cien mil dólares que te piden para dejarte tranquilo, aunque te hagan creer que debes de pagar a ese dios Athemis, en esa burda representación que te han preparado.

El teléfono que había sobre la mesa junto a él sonó estridente. Pálido y nervioso como estaba, Parrish se quedó mirando a Cougar, perplejo. Fue Boronín quien lo descolgó.

—¿Diga?

Esperó respuesta y pasó el auricular al actor.

—Una mujer pregunta por usted.

Apremiante, tomó el auricular e inquirió:

—¿Quién es?

—Soy Sandra, Parrish. ¿Has recibido ya la fotografía?

—¿La has enviado tú?

—Sí, quiero ayudarte. Ya sabes que estoy contra brujas, soy su enemiga declarada. He podido tomar furtivamente esa foto de tu muñeco sobre el que van a llover las maldiciones. La maldición de tus piernas entrará en efecto mañana en la noche. Sólo Athemis puede librarte de ellas y ya sabes cómo pedir su protección, Parrish. En tu mano está salvarte de las maldiciones.

—Espera, aguarda. ¿Dónde está mi muñeco?

Mas, al otro lado del hilo habían colgado ya. Cougar le miró con lástima y preguntó:

—¿Para cuándo te han pedido los cien mil?

—No me ha pedido dinero.

—Pero te ha dicho que le lleves la onza de D.B.M., para Athemis.

—Sí, eso es, tengo que llevar la porquería esa de muelas de bruja mañana o la maldición caerá sobre mis piernas.

—Lo que tienes que hacer es no creerles en nada y que tu gorila Boronín te vigile bien. Por supuesto, no te acerques a la casa de Sandra y verás cómo nada te ocurre. Refúgiate en una clínica anónima de San Francisco para que te curen los pies y cuando regreses verás cómo todo se ha solucionado.

—Cougar, yo me cuidaré de mí mismo, pero tú vas a traerme ese maldito muñeco antes de las nueve de la noche de mañana. Si terminas con esto, cobras el doble, lo que te pague la productora te lo doy yo también como extra, pero si me fallas, vas a tener la peor prensa de California. Al teléfono de tu despacho van a salirle telarañas.

—Correcto, Parrish. Si piensas que trayéndote el muñeco todo se soluciona, es lo mismo que decir que crees en brujas, pero yo me atengo a tus últimas palabras. Recuérdalo, no voy a perdonarte un solo dólar por tu imbecilidad. La verdad es que tú no necesitas a un investigador privado, sino a tu mamá para decirte «nene pupa, nene tiene miedo».

Le dio la espalda y se alejó. Tenía mucho trabajo por delante.

CAPÍTULO V

Cougar conducía su «Ferrari» motor 512, cinco litros, en dirección a la Avenida Slauson, dispuesto a visitar la casa de Sandra. Deseaba comprobar cuánto Parrish Hoffman le había contado y hallar el medio de desenmascarar a los extorsionistas, poniéndolos en manos del fiscal general de Los Ángeles para que fueran encausados.

Dos agentes uniformados de la policía Metropolitana estaban colocando una valla de *Stop* en mitad del asfalto. Por la derecha no se podía pasar, pues junto al bordillo había detenido un camión de mudanzas de enorme caja.

Cougar, que iba lanzado por el centro de la calzada, hubo de pisar el freno a fondo para detenerse y no llevarse por delante a los agentes de la autoridad. Las huellas de sus neumáticos quedaron impresas sobre el asfalto.

—Por todos los diablos, por poco me los cargo. Han sido muy inoportunos con la valla de *Stop*. Podían haberla puesto antes o después, no cuando yo venía.

—Buenos días. Su documentación.

—¿Ocurre algo malo, agente? —preguntó Cougar, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Andamos buscando a un sospechoso.

—Pues me temo que se han equivocado conmigo. Por poco los arrollo con mi coche.

Los dos agentes no sonreían en absoluto. Uno era de raza blanca y el otro oriental, pero ambos altos y fornidos.

—¿Es usted David Kane? —preguntó el agente de raza blanca que tenía la documentación en la mano.

—Sí, yo soy. No me diga que me buscan. Sería una auténtica sorpresa.

El agente ordenó:

—Vamos, salga.

—Oiga, que yo...

—Salga, Kane, y no haga ningún movimiento sospechoso. Ponga las manos sobre el coche. Voy a cachearle por si va armado.

—De acuerdo, de acuerdo. Llamen al teniente Douglas de narcóticos y verán como se equivocan conmigo.

—Lo lamento, Kane, pero ha sido precisamente el teniente Douglas quien nos ha enviado a detenerle.

El oriental estaba quitando la valla de *Stop* para que se reanudara el tráfico rodado mientras los otros conductores observaban con interés la aparente detención y cacheamiento.

—De acuerdo, no lleva armas encima, Kane, y eso hace las cosas más fáciles para todos. Vuélvase.

—Con mucho gusto —hizo una pausa para agregar de inmediato, mientras el otro agente cargaba la valla dentro del camión de mudanzas—, policía de pega.

Disparó un fortísimo puñetazo contra el mentón del falso agente y cogiéndolo por sorpresa lo tumbó de espaldas. Sin embargo, el tipo debía de ser un excelente encajador, pues no perdió el sentido con aquel golpe en frío.

Cougar estaba desarmado y los dos falsos agentes tenían pistolas. No tenía tiempo material de introducirse en el «Ferrari» para escapar en él, máxime al ver que el que había sido golpeado llamaba la atención de su compañero mientras desenfundaba la pistola.

Al investigador privado no le quedaba otro remedio que correr hacia el parque cercano y así lo hizo cuando el primer proyectil silbó junto a su cabeza.

Aunque los policías eran falsos, de ello estaba convencido, no podía obtener la colaboración de otras personas. Si dos agentes uniformados le perseguían a balazos, todos le tomarían a él como delincuente y no a los falsos guardias.

Brincó por encima de un alto seto de tuyas que cerraba el parque y desapareció al otro lado del mismo, perseguido por los disparos.

Corrió entre la arboleda del parque casi vacío a aquella hora en que los niños debían de estar en las escuelas, pero sus perseguidores también se introdujeron en el recinto, separándose entre sí.

Le estaban poniendo las cosas difíciles y después de todo, Cougar no quería huir sin saber por qué aquellos dos tipos disfrazados de agentes le buscaban.

Se ocultó tras el tronco de un grueso árbol, recobrando el aliento.

Permaneció quieto unos segundos hasta que vio a uno de los falsos policías. Era el oriental, que bien podía ser indochino, y resultaba un gigante para su raza. Tenía una fea cicatriz sobre la ceja derecha. Llevaba el revólver en la mano y avanzaba cauteloso, escrutando entre los setos, deseoso de descubrir a Cougar.

Cougar le siguió con sigilo hasta que ambos quedaron uno a cada lado de un mismo alto y espeso seto.

Cougar se acercó al final de las tuyas y aguardó hasta ver asomarse al oriental. Entonces, le golpeó la mano. Sin embargo, el indochino no soltó el arma, y Cougar hubo de rectificar haciéndole una violenta presa de judo en la mano. Lo volteó por encima de su cuerpo y le sujetó la mano armada, doblándosela.

El oriental masculló de dolor y la pistola cayó al suelo.

Cougar trató de recoger el arma, más recibió una fuerte patada en el plexo solar que lo envió de espaldas al suelo. El indochino no era precisamente una damisela y sabía luchar muy bien.

El investigador privado reaccionó con prontitud para evitar a su vez que el oriental recuperara su revólver. Ambos se encontraron cerca del arma, golpeándose de tal forma que los dos se apartaron de la pistola, que quedó en el suelo.

El oriental le hizo una presa de cuello y Cougar comenzó a congestionarse. Le faltaba aire en los pulmones y sangre en el cerebro. Pese a hallarse de espaldas, golpeó al unísono con ambos puños los flancos del oriental y luego le taloneó el bajo vientre arrancándole un chillido de dolor. Se volvió clavándole el codo derecho en la boca del estómago y le lanzó un gancho de izquierda al mentón que dejó inconsciente al indochino mientras se desplomaba como un saco de patatas.

—Quietos, Cougar. Un solo movimiento y le pongo una bala en el cerebro.

La presión del cañón, ahora nada frío, de un revólver, se apoyó sobre su nuca.

—¿Por qué no dispara? Creí que quería matarme.

—Si no se lo busca, no voy a matarle. Vamos, tiéndase en el suelo, con cuidado, porque si hace el imbécil, sí le mataré.

Cougar tuvo que arrodillarse primero y con las manos en la nuca se estiró sobre el suelo, siempre encadenado por el falso agente, quien le dobló una mano hacia la cintura y le cerró las anillas de unas esposas. Después le dobló la otra mano, terminando por dejarle las manos inmovilizadas.

—Ahora, Cougar, dígame cómo ha sabido que éramos agentes falsos.

—Porque no hay ningún teniente Douglas en narcóticos, que yo sepa, y usted ha dicho que él le había ordenado arrestarme.

—Sí, una torpeza por mi parte seguirle el juego, pero finalmente todo se soluciona. Ahora vamos a recomendarle que no moleste más a Parrish Hoffman.

—Ah, conque se trata de Parrish Hoffman. Trabajan para Sandra y Blood, ¿verdad?

—No se haga el listo. Nosotros no respondemos a nada y usted se olvidará del asunto por la cuenta que le tiene.

El indochino se ponía en pie en aquellos momentos y su mirada era sumamente furiosa.

—De acuerdo, sean buenos chicos y me olvidaré de Hoffman —mintió Cougar para que le dejaran tranquilo. Estar desarmado era una dificultad, pero hallarse esposado agravaba la situación hasta hacerla patética.

—Para que no se le olvide nuestro recado, vamos a darle un anticipo, Cougar. Si es terco, le reservaremos una losa en la Morgue.

El tipo de raza blanca hizo una seña al indochino.

—Tendré que poner cara de circunstancias. Hubiera preferido serles simpático, amigos —dijo antes de que le borrarán la sonrisa de un puñetazo.

El indochino se desquitó de la paliza recibida mientras su compañero le sujetaba por los brazos para que no escapara.

Cougar tuvo que recordar el sabor de la sangre. Los dolores agudísimos en el plexo solar le obligaron a doblarse y por último perdió el conocimiento bajo la lluvia de golpes del vengativo oriental, al que no parecía interesar poco ni mucho el *fair play*.

Cuando Cougar comenzó a abrir los ojos, el cráneo parecía querer estallarle.

Un ojo consiguió abrirlo, el otro no. Veía borroso. Levantó la mano para tocarse el ojo y palpó una cosa blanda cuyo contacto le desagradó.

—Quieto, Cougar, es un filete para que no te haga daño —dijo a su lado una voz femenina.

—Ah, hola, Fire. De modo que es un filete para bajar la tumefacción de mi ojo.

—Sí, Cougar. Te encontraron tirado en el parque en un estado que dabas pena y te trajeron a tu apartamento.

Al oír las voces, dos hombres pasaron del *living* a la alcoba.

Uno era Wong, su secretario oriental, más bien bajito y delgado. No se parecía mucho al indochino que le había zumbado a placer.

El segundo sujeto fue reconocido de inmediato por Cougar.

—Hola, teniente Kurter. ¿Mucho trabajo?

—¿Cómo te sientes, Cougar? Te propinaron una severa paliza, ¿eh?

—No tanto, teniente, no tanto. He despertado en mi apartamento y no en el hospital; pudo haber sido peor.

—Sí, hemos recibido también tu llamativo «Ferrari» sabemos que dos hombres vestidos de agentes te persiguieron a balazos. Cuando mis hombres llegaron a la escena no había ni rastro de ellos, pero te encontramos tendido entre unos setos y con las manos esposadas.

—No le informaron mal, teniente, así sucedió todo, aquellos dos tipos cambiaron la fecha del carnaval disfrazándose de agentes de la autoridad y la tomaron conmigo, eso es todo.

—¿Piensas poner una denuncia contra ellos? Es agresión alevosa, empleo de armas de fuego y quizá otras cosas más.

—No, teniente, no pienso poner ninguna denuncia, no conozco a aquellos tipos que, tras ponerme las esposas me zumbaron.

—Como no es fácil que tú te asustes ante una amenaza de ese tipo, he de suponer que estás a la mitad de un caso interesante y me lo vas a contar, ¿no es cierto?

—Lo siento, teniente. —Se incorporó, dolorido. Al parecer no habían dejado lugar de su cuerpo sin su correspondiente moratón—. Secreto profesional. No puedo delatar a mi cliente y usted lo sabe.

—Cougar, nunca he intentado quitarte la licencia, pero quizá alguien lo haga definitivamente enviándote a la fría Morgue. —

Suspiró—. Los investigadores privados os queréis comer solos al mundo del hampa. ¿Para qué crees que está la policía?

—Teniente, ya sabe que yo no invado el terreno policial. Me limito a cumplir las reglas. Si investigo un caso y se acumulan pruebas contra alguien, siempre lo entrego en bandeja a la policía. Ahora ocurrirá lo mismo, teniente. No se inmiscuya a menos que solicite protección.

—¿Tú, protección? Antes te dejas matar, te conozco. ¿Sabes una cosa? Nosotros hemos de investigar. Esos dos hombres llevaban el uniforme de los agentes de la ley en Los Ángeles y ello ya constituye un delito. Por supuesto, es otro delito disparar contra alguien en la calle o en cualquier otra parte. Cuando se le entreguen los datos, el fiscal abrirá un expediente y nos ordenará investigar.

—Teniente Kurter, espere a pasar los datos al fiscal. ¿Quizá pronto pueda saber quiénes son esos dos tipos? Entonces se los entregaré y podrá procesarlos por un el uniforme de los agentes de la ley, pero no se entrometa ahora. Estropearía mi caso y yo también tengo que pagar facturas, teniente.

—De acuerdo, Cougar, tú sabrás lo que haces. Retraeré la entrega de datos al fiscal. Ya conoces cuál es mi número de teléfono. En cuanto averigües la identidad de esos dos tipos que te han dado la paliza llámame y los arrestaremos. Después de todo, tú nos servirás de testigo de cargo. Ahora, suerte. Tengo otras cosas más importantes que hacer de niñera de investigadores privados.

Kurter se marchó cuando Cougar gruñía:

—¿Niñera? De camillero, sí, pero a mí nadie me ha protegido de esos dos gorilas.

—Cougar —habló Wong—, tengo todos los datos que me pidió.

—De acuerdo, Wong. Esta noche me acompañarás de vuelta. A las siete ten preparado mi coche a la puerta.

—Bien, Cougar. ¿Quiere algo especial?

—Sí, tráete un magnetófono a *cassette* y una cámara fotográfica con *flash*.

—De acuerdo, lo tendrá todo preparado para las siete, pero le prevengo que ya son las cuatro de la tarde.

—De acuerdo, Wong, aún me quedan tres horas y las aprovecharé bien. Ahora, largo.

Wong se alejó, dejando a Fire a solas con Cougar, que se dedicó

a contemplarla con un solo ojo.

—Caramba, Fire, no he visto vestido más corto que el que llevas, pero te cae muy bien. Tienes unas bonitas piernas.

—Creí que ya me las habías visto en la piscina.

—Sí, pero hacen menos efecto con un bikini que con ese «microvestido» que llevas.

—Será un microvestido, pero es el que tú me has regalado, y te prevengo que la factura es «maxi».

—Ahora comprendo cómo vas a impresionar a los productores de cine. El vestido no tiene nada de particular, lo que destaca es tu anatomía.

Cougar alargó la mano, cogiéndola por el talle. Tire de la chica hacia él, pero ella negó con la cabeza coquetamente.

—No, no, no estás muy agraciado con el filete tapándote el ojo.

—Pues al diablo el filete; a mí me gustan fritos.

Lo lanzó al otro extremo de la habitación, dejando al descubierto su ojo morado.

Cuando terminó el beso, que la había dejado sin aliento, Fire susurró:

—No creí nunca que pudiera besar a un hombre con un ojo hinchado. Tiene su emoción, de veras.

—Fire, estás adorable, pero yo estoy hecho un guiñapo. Creo que debo de contener mis impulsos por el momento, y te agradecería que me ayudaras a preparar un baño.

—Claro que sí, cariño.

Lo besó nuevamente, lo tendió sobre la cama mientras él hacía muecas de dolor, y abandonó la estancia para pasar al cuarto de aseo.

CAPÍTULO VI

Se miró el rostro en el espejo retrovisor. Había mejorado bastante. El baño y los cuidados de Fire habían obrado el milagro, aunque a plena luz del día sus ojos aún presentaban las señales de la tumefacción.

—Cuando atrape a ese oriental, me desquito.

—¿Qué dice, patrón?

—A ti, nada, Wong. Por cierto, debes permanecer atento a lo que suceda en la casa que vamos a visitar.

—¿Y qué es lo que podemos encontrar, patrón?

—Mucho y nada, no lo sé; hay que tener los ojos muy abiertos. Sandra es una de las candidatas a bruja reina.

—¿Brujas? Eso no me gusta nada, patrón.

—No me dirás que a estas alturas tienes miedo de las brujas, ¿eh?

—Patrón, yo no creo en las brujas, pero hay cosas en las que no me gusta mezclarme y espero no quedar en el mismo estado que le han dejado a usted. Mi sueldo no compensa ciertos riesgos.

—¿Me estás pidiendo un aumento?

Antes de que Wong pudiera responder, Cougar ejerció un giro tan brusco con el «Ferrari» que las ruedas chirriaron con fuerza, marcándose en el asfalto. Dejó la carretera y se encaró con la gran reja que cerraba el muro tras el cual se hallaba la casa que Parrish Hoffman le había señalado como morada de Sandra.

—La puerta está cerrada, Cougar.

—Llamaremos al timbre.

Cougar se apeó del coche. Se acercó a la verja y pulsó el timbre que había al final del muro.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina a través de un interfono.

—Soy un periodista independiente y estoy redactando unos

artículos sobre las brujas que optan al título de reina. Creo que Sandra será la ganadora de este año y quisiera ganar el Pulitzer con mi reportaje.

—¿Ha venido en automóvil?

—Sí.

—Cuando se abra la puerta, introdúzcase hasta el zaguán con el coche, siguiendo el camino. No se apee en el jardín. Es peligroso para los visitantes.

—Lo tendré en cuenta.

Cougar retornó a su «Ferrari S. L.», y lo puso en marcha.

—¿Todo bien, Cougar?

—Sí, Wong, pero me han recomendado que no salga del auto hasta llegar al zaguán.

—¿Por qué? ¿Hay perros entrenados?

—Pronto lo sabremos, Wong.

La puerta se franqueó automáticamente. El «Ferrari» se introdujo en el jardín y rodó hacia la casa.

—¡Cougar, Cougar! —tartamudeó el oriental, más pálido que amarillo.

—Sí, ya veo a los leones, pero mientras estemos dentro del coche, nada pasará.

—Por todos los diablos, Cougar. Tendrá que pagarme extra por riesgos excesivos en mi trabajo.

Un león, macho y cuatro leonas se les habían acercado y acompañaban al automóvil a la carrera.

Cougar detuvo el «Ferrari» frente a la escalinata del zaguán. Wong, asustado ante la cara del león, que estaba materialmente pegada al cristal del auto, mientras mostraba sus colmillos, balbució:

—Yo no salgo de aquí, Cougar, yo no salgo.

—Supongo que tendrán algún método para que podamos salir. Esos leones no parecen pacíficos; es como si estuvieran sin domar.

—Los habrán comprado en África y soltado aquí para vigilen la mansión.

—Sin embargo, las ventanas no tienen rejas.

—Pues lo que es yo no dormía dentro de esta casa.

—Puede que los cristales tengan triple grosor, antibalas también, y los leones sean incapaces de romperlos; lo que hay que admitir es

que la casa tiene cierto encanto.

De pronto se escucharon unos chillidos y un ruido infernal. Los leones rugieron y se marcharon a la carrera, desapareciendo de su vista al rodear la casa.

—Parecían elefantes, Cougar. No nos traerán elefantes ahora, ¿verdad? —inquirió el oriental, muy preocupado.

—No creo que sean elefantes de verdad; sólo es una grabación auténtica de una estampida de elefantes. Los leones temen a los elefantes porque éste es el verdadero rey de la selva y no el león, como vulgarmente se cree. Los leones, ante una estampida de elefantes, huyen como acaban de hacerlo éstos.

—Espero que no regresen —dijo Wong, con total sinceridad.

Se levantó la carlinga que constituía el techo y por los costados del avanzado «Ferrari» salieron al zaguán.

Wong miró hacia atrás de reojo y, cargado con el magnetófono y la cámara de fotografiar con su correspondiente *flash*, se introdujo en la casa. Cougar lo hizo tras él.

—Bienvenidos.

Cougar pudo admirar la rara belleza de aquella mujer morena, de ojos verdes y hermoso cuerpo, ceñido como una doble piel por un vestido-mono de seda amarilla fosforescente en la que habían estampados alguna signos cabalísticos. Aquella fémina era capaz de embriagar a cualquier hombre con su sola presencia, pero Cougar advirtió algo maligno en su mirada.

Sin embargo, le sonrió ampliamente y en la expresión de su rostro le demostró su viva admiración como varón que era.

—Sandra, estoy convencido de que va a ser la reina de las brujas, sólo hay que verla.

—¿Me conoce?

—Su rostro, si se ve en alguna ocasión, no se olvida jamás.

Ella les invitó a pasar al saloncito, moderno y bien amueblado, al tiempo que preguntaba:

—¿Y cuándo me ha visto, aparte de ahora, naturalmente?

—Creo que en París.

Por lo visto, Sandra no esperaba aquella respuesta y se desconcertó levemente. Sin embargo, sólo la experta y psicológica mirada de Cougar lo captó.

—¿París? No recuerdo...

—Yo sí lo recuerdo. —Cougar dio un rápido giro a la conversación, aludiendo al recibimiento del jardín—. Peligrosos los leones, ¿eh?

—Sí, mucho. Con ellos en el jardín no hay que temer a los intrusos.

—La grabación de una estampida de elefantes les asusta, ¿verdad?

—Sí, ellos huyen hacia su digamos cueva. Automáticamente se les cierra la puerta y en el comedero cae carne en abundancia para que se les pase el susto.

—Entiendo. El día que pierdan el miedo por esos elefantes que no llegan jamás, correrán lo mismo hacia la cueva para saciarse de carne.

—Es usted inteligente. ¿Cuál ha dicho que era su nombre? No recuerdo.

—Kane, David Kane, y mi ayudante se llama Wong y hará las fotografías. Me gustaría fotografiar este saloncito, su dormitorio, su biblioteca si la tiene, los leones, todos los lugares íntimos de la casa.

Mientras hablaba, Cougar observó la escalera ascendente, y al pie de la misma, la puerta de la que tanto hablara Parrish Hoffman y que ahora aparecía cerrada.

Sandra abrió una caja de cigarrillos de madera. Tomó en de ellos y dijo:

—Fumen si lo desean.

Wong se acercó y tomó uno de los costosos cigarrillos. Cougar dijo:

—Fumaré de los míos.

Pero se acercó a prender con su encendedor el largo pitillo de la mujer.

—¿En qué revista va a publicar el reportaje?

Antes de responder, Cougar pensó que Sandra no le había reconocido. Ellos dos no se habían visto jamás y a él no le cabía duda alguna de que aquella mujer a rara belleza era la misma que viera en la foto a todo color en la guarida de Blood, un anuncio de *strip-tease* en el que había podido admirar su espléndida anatomía.

—Soy un reportero independiente. Hago el artículo y lo vendo al mejor postor, que suelen ser la revista de mayor tiraje. Claro que los reportajes deben tener impacto, sensación y ser un poco atrevidos.

—¿Y cree que un reportaje sobre mi persona puede tener ese impacto que hace falta para que se venda bien una revista como Life, Times o cualquier otra de elevado tiraje?

—Mi olfato me ha atraído hasta aquí. Ahora, usted me dirá el resto.

—Mientras no pregunte muchas indiscreciones...

—Las indiscreciones es lo que gusta a la gente. Wong tómale una fotografía tal como está ahora.

Sandra siguió fumando sin inmutarse mientras el oriental buscaba el enfoque adecuado y disparaba el *flash*.

—Tendría que saber algunas cosas sobre usted mientras husmeo en su guarida —dijo, acercándose a la puerta de la escalera y asiendo su pomo.

—Esa puerta está cerrada —advirtió ella, fríamente. Cougar movió la manecilla y tuvo que admitir:

—Pues es cierto, está cerrada. ¿Qué hay tras ella, un secreto?

Sandra abandonó su asiento y su pose.

Con el cigarrillo en la mano, se acercó a la puerta. Se encaró directamente con Cougar. La distancia que mediaba entre ambos era tan escasa que ella rozaba con su cuerpo el del hombre.

—Parece que tiene daño en el ojo.

—Creí que con poca luz no se notaría —dijo, sonriente.

—¿Una puerta?

—Sí, eso, una puerta. Yo entraba, alguien salía y mi ojo tumefacto.

—Ya. Siempre que un hombre aparece con un ojo hinchado, da la casualidad de que una puerta tiene la culpa. ¿La causa no será algún reportaje demasiado atrevido?

—Por cierto, no le he preguntado cuál es su forma de vida. No la he visto en el cine.

—Modelo fotográfica. También he pasado algunos vestidos, y ahora frecuento el templo de Satán. Es lo que está de moda entre los imbéciles del séptimo arte. ¿No apunta lo que le digo?

—Oh, no. Wong lleva el magnetófono conectado y mediante una célula de sonido el micrófono se autogradúa a la distancia adecuada. Aunque esté lejos, graba nuestras voces como si estuviéramos cerca.

—En ese caso, deberé tener mayor cuidado con mis palabras.

Podría perder votos para mi elección como bruja reina.

—¿Se toma en serio eso de ser la bruja reina?

—Sí, a todos nos hace falta publicidad.

—Ya, la publicidad da dinero. Podrían aumentar sus ingresos; sin embargo, dada la forma en que vive, debe de tener unas ganancias saneadas.

—No, no gano mucho, si es lo que pregunta. En realidad, la casa no es mía.

—¿De quién es, entonces?

—Cuando el magnetófono se vaya y si usted se queda, se lo contaré más despacio.

—Me doy por aludido, pero antes de que Wong se marche debería tomar unas fotografías más, a ser posible interesantes, con gancho. Tras esa puerta quizá hallemos algo muy interesante.

—Se ha empeñado en averiguar qué hay detrás de la puerta, ¿verdad?

—Las puertas cerradas siempre me han atraído. Creo que por ello elegí la profesión que tengo.

—Cuando pone uno mucho interés en alguna, cosa, suele llevarse sorpresas.

—Me gusta correr riesgos...

—En ese caso, abriremos la puerta que tanto le intriga.

Sandra retrocedió un par de pasos. Se apartó de la puerta, rodeó a Cougar, y cuando estuvo al otro lado, antes de llevar el cigarrillo nuevamente a sus labios, dijo:

—Ya puede abrir la puerta.

Con el ceño fruncido, Cougar clavó su mirada en la verdosa de la mujer. Estiró su mano, asió el pomo y la puerta cedió fácilmente.

—¿Cómo lo ha hecho?

Ella sonrió al tiempo que cruzaba su antebrazo izquierdo por debajo de su turgente y ceñido busto.

—¿No dice que voy a ser la bruja reina?

CAPÍTULO VII

Cougar se halló en una gran sala-estudio con dos enormes ventanales.

Había varias estatuas, unas acabadas y otras a medio terminar, también cuadros en sus respectivos caballetes y un horno para cerámicas. En un rincón, una tarima a la que se subía mediante cuatro escalones.

Buscó con la mirada algo que le identificara el lugar como el descrito por Parrish Hoffman, pero salvo la tarima que era suficientemente espacioso para componer cualquier decorado, nada correspondía con la especie de pesadilla vivida por el actor.

—¿Le gusta?

—¿Es un estudio de arte?

—Sí. Aquí acuden jóvenes valores, todavía no reconocidos por la sociedad de consumo. Trabajan y luego se van. Nadie les da nada ni nadie les pide nada.

—Veo que usted es la principal modelo, aunque también veo objetos que me recuerdan antigüedades orientales.

—Algunas veces, yo misma poso para los artistas, y en otras ocasiones ellos laboran con lo que se les ocurre. Ya se lo he dicho: ni se les da, ni se les pide nada. Aquí encuentran el material para pintar, esculpir o esmaltar.

—Sí, ya he visto el horno: dentro caben dos o tres personas. ¿Es eléctrico?

—Sí, un último modelo de mufla con termostato incorporado. Muy limpio y efectivo. Alcanza los mil quinientos grados Celsius.

—O sea, que puede fundir el hierro si lo desean. Un horno de alta calidad y temperatura. Tiene cosas muy singulares en su casa, Sandra, si bien es verdad que no cabía esperar menos. ¿Qué le parece si le tomo algunas fotos sobre el entarimado y junto a las estatuas?

—¿Me hace la foto tal como estoy o me aligero un poco de ropa para parecerme más a las estatuas?

—No, no es necesario; así está ya muy atrevida y la ropa que lleva va muy bien para el reportaje.

Sandra, con su, coquetería femenina y su profesionalidad como modelo, pasó de una estatua a otra mientras Wong tomaba instantáneas.

Mientras, Cougar, con cierto disimulo, buscaba el cuadro de Athemis. El muñeco de cera con el que torturaban psíquicamente a Parrish Hoffman estaría modelado en aquel gran estudio y se hallaría escondido en alguna parte de la casa. Encontrarlo sería un éxito para el caso que investigaba. Demostraría a Parrish que la maldición no provenía del ridículo y snobista templo de Satanás, sino de aquella guarida de delincuentes que le habían escogido a él como víctima propiciatoria.

—Creo que ya son suficientes fotos para un reporta je, ¿no?

—Sí, y si queda alguna por hacer, creo que podré tomarla yo mismo.

—Es lo más acertado —opinó ella.

Cougar se dirigió a su ayudante oriental.

—Ve al coche y espérame allí hasta que salga.

—¿Y los leones?

Sandra puntualizó:

—Están encerrados. No tema, no se lo van a comer —hizo una pausa y agregó maliciosamente—: Por ahora.

Wong buscó la mirada de su patrón y preguntó:

—¿Cuánto tardará?

—No lo sé, Wong. Quiero hacerle unas preguntas más a nuestra entrevistada. Si te aburres, conecta la radio.

—De acuerdo, esperaré fuera.

Wong le entregó la máquina fotográfica y se alejó, dejándolos solos.

El propio Cougar, para romper el silencio, preguntó:

—¿No es peligroso que los leones anden sueltos cuando se abre la puerta de entrada? Pueden escapar a la carretera.

—No, existe un campo de fuerza unos cinco metros antes de llegar a la puerta, y se supone que los leones lo saben, pues no se acercan para que no se les tuesten los bigotes. Si cruzan el campo

de fuerza se produce una descarga eléctrica que puede matarlos o bien asustarlos simplemente; depende de cómo los coja. Por lo general, todos los animales huyen del peligro, y los leones no son diferentes.

—Esta casa, en vez de un estudio de arte y reuniones bohemias, parece una fortaleza. Juraría que los cristales de las ventanas son el triple de lo normal.

—Ha acertado, Kane. Más parece un detective que un reportero. Son el triple de lo normal, para que los leones no penetren en la casa, Por supuesto que si un intruso disparase con un rifle, no conseguiría perforar el vidrio.

—¿Para qué tanta precaución?

—Manías.

—¿Manías de quién?

—Del propietario de la casa; ya le he dicho que no es mía. Yo soy la anfitriona para los artistas que vienen aquí, eso es todo.

—¿Un mecenas o un protector?

Ella se acercó insinuante al tiempo que respondía:

—Más bien esto último.

—¿Y cuál es su nombre?

—No estoy autorizada a decirlo, y espero que tampoco se le ocurra poner en su reportaje que vivo a expensas de un protector.

—¿Alguien importante?

—¿Tanto le interesa?

Como que Cougar se había sentado en el triclinio que había sobre el entarimado, Sandra se puso de rodillas sobre éste y se colgó con sus brazos del cuello del hombre.

—Trato de saber siempre el máximo de lo que me interesa.

—A veces es malo saber demasiado. Podríamos ser grandes amigos, Kane. Me gustas.

Se incorporó para besarle en los labios, pero Cougar permaneció frío ante la caricia.

—¿Gélido?

—Pasivo, simplemente.

—¿Miedo?

—Seguridad.

—Parece un acertijo. ¿Tienes miedo de caer en mis manos, temes al amor?

—En absoluto, pero suelo trabajar a unas horas y hacer el amor a otras. Ciertos combinados producen malas consecuencias.

—Eres un hombre singular, Kane —dijo, tuteándolo—. Antes me has dicho que me habías visto en París.

—Hacías *strip-tease* en un *cabaret*.

—Me sorprendes, Kane. ¿Tanto te impresioné que no me has olvidado? Supongo que no fui la única que viste.

—Es cierto, no eres la única, pero tengo buen ojo para los rostros.

—Ese detalle tampoco lo pondrás en tu reportaje, ¿verdad?

—¿Estropearía tu posible elección?

—Es preferible no aventurarse demasiado. Si quieres, como compensación, te interpreto uno de mis números favoritos. No hay música de acompañamiento. Claro que no voy al tocadiscos...

—No, aguarda, no es necesario ese número ahora. Estoy más interesado en conocer quiénes son tus amigos.

—¿Por qué?

—Quizá es que empiezas a gustarme mucho, y soy celoso por naturaleza.

—Antes me has parecido un hombre muy frío, muy seguro de ti mismo.

De nuevo se colgó del cuello del hombre. Le acarició la nuca y dijo:

—Me temo que no has venido buscando un reportaje.

—¿Ah, no? ¿Qué busco entonces?

—Quizá me viste en París, te impresioné y al verme ahora en Los Ángeles y reconocermte has pensado que la ocasión era propicia para...

—¿Aprovecharme?

Sonó el timbre de un teléfono en el saloncito contiguo. Sandra no respondió al hombre. Se soltó de su cuello y anduvo hacia la salita.

Al quedar solo, Cougar quiso averiguar algo más, descubrir algo significativo.

En algún sitio de la casa deberían guardar los decorados para impresionar a sus víctimas; también los muñecos de cera, a los que hacían fotografías para asustarlas más y terminar sangrándolas en su cuenta bancaria con el cuento de buscar la protección del dios

Athemis. ¿Y qué dios sería aquél?

Parrish Hoffman le había contado que había golpeado contra un muro de cristal que allí no aparecía por parte alguna. Que había cuatro peldaños de madera y luego, encima, todo liso. Tampoco veía los focos de luz que Parrish mencionara, quizá uno de los frisos de madera los ocultaba. El bloque de granito que servía para los holocaustos al falso dios también brillaba por su ausencia.

Caminó hacia el horno dispuesto a abrirlo y mirar en su interior por si ocultaba algo, pero antes de llegar a él, la voz de Sandra preguntó:

—¿También te intriga lo que pueda haber dentro del horno para cerámicas?

Kane se volvió con su mejor sonrisa de niño pícaro, pero Sandra no sonreía. Estaba en la puerta, mirándole con dureza.

—Mi curiosidad es innata.

—Lo supongo. Acaban de comunicarme que David Kane, alias Cougar, no es un periodista como he creído en principio, sino investigador privado, y ha venido a meter las narices donde no le importa.

—Tienes un buen informador, Sandra. En efecto, me llaman Cougar y, la verdad, me agrada el apodo.

—Eso me importa poco. Ahora te marcharás de esta casa. Has visto que no hay nada interesante.

—Esa opinión debo de darla yo, ¿no crees?

—Lo que creo es que eres un cínico, Cougar.

—Es un halago, de maestra a alumno. Vamos, Sandra, no te hagas la ingenua ni la inocente. Ahora que ya están las cartas boca arriba, acepta que estáis extorsionando mediante engaños y estafas a Parrish Hoffman.

—No sé lo que te habrá contado el tal Hoffman, pero lo único que he tratado de hacer es ayudarle.

—Sí, con tus exorcismos. A otro tonto con ese caramelo, Sandra. Sé cuál es vuestro plan.

—¿Ah, sí?

Ante la pregunta desafiante de la mujer, Cougar se acercó a la puerta de salida al tiempo que respondía:

—Ponéis en ambiente a vuestra víctima. Supongo que aquí modeláis un muñeco a su imagen y semejanza. Le claváis un par de

agujas y le mandáis la foto para hacerle creer que está maldita, pero que si paga cien mil dólares al pseudodios Athemis le va a librar del maleficio. Como al principio se niega, os las arregláis para hincharles los pies. La víctima comienza a asustarse, la cosa no es broma. Sus pies se han inflamado y él no sabe cómo ha sido.

—¿Y tú sí lo sabes?

—Podría ser. Sé más de lo que crees, Sandra.

—¿También tienes un buen informador?

—Suelo ser informador de mí mismo. ¿Cuántos componéis la pandilla? Es sólo por saberlo. Soy aficionado a las estadísticas y me gustaría calcular más o menos lo que vais a costarle al Gobierno de mantenimiento cuando os encierren en la cárcel. Sé que están el indochino, el otro tipo blanco, la negra cretina, que debes tener escondida en alguna parte y que irá a un centro para subnormales, tú misma y Blood.

Sandra, que sonreía con desprecio, triunfante, palideció al oír aquel nombre.

—¿Blood?

—Sí, Blood también. Sé que pertenece al grupo. Tú eres el gancho y la primera actriz y él es el *public relations*. Es astuto, lo reconozco, pero no lo suficientemente listo como para ser el cerebro de vuestra pandilla de estafadores. Sin embargo, ya lo averiguaré y os llevaré a todos juntos a la cárcel. La policía ya esté esperando mis datos.

—Te pasas de listo, Cougar. Quieres hacerme creer que sabes mucho y no sabes nada. Tampoco nada se puede demostrar contra mí. Yo sólo trato de ayunar a quien lo necesita y no pido dinero a nadie. No se me puede llevar a la Corte.

—Eres muy lista, lo admito, pero no lo serás lo suficiente para no caer en las manos de la ley. Parrish Hoffman no será extorsionado y timado como Linda Wells, Baxter, Rosemarie Dalton y los otros cuatro. ¿Para qué citar más nombres? Podrías aminorar tu pena de cárcel si declararas por propia voluntad. Luego ya será demasiado tarde y los años de cárcel aumentarán. Tu espléndida belleza se ajará y marchitará tras una celda, sin que ningún hombre pueda admirarla, eso, si no se complican más las cosas. El crimen es una pendiente muy resbaladiza, una pendiente nevada en la que una simple bola terminará convirtiéndose en una esfera gigante que

no se puede detener y derriba árboles y casas. Mas esa bola siempre termina por estrellarse en alguna parte y se hace pedazos.

—Fuera, fuera de esta casa, Cougar. No me asustan tus amenazas, y al salir ten cuidado con los leones.

—Más vale que tengas tú cuidado al abrir la puerta del jardín. El teniente Kurter sabe que estoy de visita en esta casa. Está muy preocupado por mi ojo y los tipos que han infringido la ley vistiendo el uniforme de los agentes de la Metropolitana y disparando por la ciudad. —Viendo que la mujer no cedía, con intención de desmoralizarla, dijo, mientras se alejaba—: Ponte a salvo en cuanto puedas. El barco se está hundiendo.

Frente al zaguán halló a Wong esperando dentro del «Ferrari».

—Ha tardado muy poco, patrón. Es usted una fiera con las chicas, y ésta es hermosa de veras.

—Hay muchas fieras hermosas, pero que matan, Wong.

Puso en marcha el auto en dirección a la gran puerta que cerraba el muro. Ésta se abrió automáticamente; dejándoles salir.

CAPÍTULO VIII

—¿Adónde me llevas, Cougar? —preguntó Fire.

La bella pelirroja tenía su flamante cabello desbordado sobre el respaldo del asiento del «Ferrari» mientras mostraba la totalidad de sus piernas bien torneadas y sonrosadas. Aquellos *minishorts* eran idóneos para invocar accidentes de tráfico, si no se mantenía la vista y la atención fija en las señalizaciones y el movimiento de la abigarrada circulación de Los Ángeles.

—¿No querías conocer muy de cerca a gente del cine?

—No me dirás que vas a presentarme a algún productor importante, ¿eh? La otra noche conocí a un par de frescos que filman *spots* televisivos.

—¿Resultaron muy frescos o muy calientes?

—¿Qué más da? Ya me he olvidado de ellos. Por cierto, ¿a quién vas a presentarme?

—Ya lo verás por ti misma.

Cougar detuvo el automóvil frente a un hotel de segunda categoría al que obviamente le hacían falta muchas reformas, un pequeño hotel cuyo rótulo rezaba sosamente: «Nido de Estrellas».

Un conserje corpulento, sin apenas cabello y expresión malhumorada, les recibió en mangas de camisa.

—¿Desean habitación? —Se sonrió y sin esperar respuesta agregó—: Si tienen certificado de matrimonio, cuatro cincuenta al día. Si no, dos pavos la hora, todo comprendido.

Fire se sonrojó hasta las orejas, que se confundieron con su encendido cabello.

—No, amigo, quiero ver a Rosemarie Dalton.

El conserje miró a Cougar y observó:

—Lo siento, pareja. En Hollywood, los turistas siempre quieren ver a las más importantes estrellas como si éstas proliferaran como las setas y fueran fácilmente asequibles. —Les tendió un folleto—.

Por un módico precio podrán abonarse al «bus de las estrellas». Todo un recorrido completo por las productoras cinematográficas. Lleven su cámara a punto por si ven aparecer a su estrella favorita. No hay mejor medio de visitarlas, en especial, Rosemarie Dalton debe estar muy atareada, con sus películas. Ojalá tuviéramos a las grandes estrellas a disposición de los forasteros.

Si cierra la boca podré decirle que no somos forasteros, que este hotelucho pertenece a Rosemarie Dalton y que sé que ahora está aquí dentro. Quiero charlar un rato con ella, eso es todo.

—Oiga, amigo, usted sabe muchas cosas. ¿Acaso es detective?

—Dígale que Cougar quiere verla. Ella me conoce.

—Bueno, aguarden un momento. Veré qué puede hacerse.

El conserje desapareció por una puerta del bajo y permaneció ausente unos minutos.

—Ese hombre nos ha tomado por una pareja de turistas.

—O por otra cosa.

Fire miró en otra dirección sin añadir nada.

El empleado reapareció con gestó hosco.

—Pasen, pero no digan a nadie que Rosemarie Dalton está aquí.

Fire miró a Cougar extrañada. No entendía aquella visita, pero siguió al hombre en silencio.

Fueron a parar a un saloncito más abigarrado que lujoso. Dos guacamayos blancos estaban sobre una barra, sujetos por las patas con una fina cadena.

Fire había visto muchas películas de la famosa Rosemarie Dalton, la estrella *vamp* de otros tiempos y a la que últimamente había visto aparecer en el cine. Sin embargo, le sorprendió el rostro de aquella mujer. Parecía una máscara por las excesivas intervenciones de cirugía estética que habían estirado su piel facial. Su cabello, siempre platino en la pantalla, era ahora castaño oscuro y muy grasiento.

Las bolsas bajo los ojos no podían ser disimuladas con cosméticos.

Forzó una sonrisa en la que aparecieron sus dientes, varios de ellos postizos para mantener la completa regularidad de la dentadura, tal como se exigía en los filmes.

—Pasa, pasa, cuánto tiempo sin verte, endemoniado metomentodo. Por cierto, ¿quién es esta chica que te acompaña?

¿Una joven que desea triunfar en el cine como yo? —preguntó, con mirada altiva, observando a Fire atentamente. Ésta se sintió incómoda.

Cougar carraspeó.

—Es mi secretaria.

—Hum, si es así... Debo admitir que es linda. Claro que el cine es otra cosa. Sí, sí, otra cosa, y nadie como yo para hablar de cine. Tú lo sabes, Cougar. Por cierto, últimamente estoy muy ocupada. Preparo una campaña de promoción. Ya se sabe, la juventud pega fuerte, muy fuerte, pero sin arte. Sólo erotismo, puro erotismo.

Rosemarie, toma asiento —le dijo Cougar con amistosa dulzura—. Me ha gustado mucho pasar por aquí y poder saludarte, pero la verdad es que me trae cierto egoísmo.

¿Acaso quieres que te firme un autógrafo para tu chica, es decir, para tu secretaria? Un autógrafo de Rosemarie Dalton siempre es un prestigio. Creo que los he firmado por millones, pero muchos otros millones más se quedaron sin él. No tenía tiempo material para complacer a todos mis admiradores.

Cougar miró a Fire y suspiró paciente. La joven pelirroja, mientras Rosemarie Dalton se volvía para hacer unas caricias a sus dos guacamayos, bajó los párpados en señal de asentimiento.

—Rosemarie, estoy investigando un caso especial.

—Bien, bien, muchacho —dijo, sin volverse para mirarle, encarada con sus dos pájaros exóticos, que le daban la pata. Ya sabes que tengo muchas influencias.

—Por supuesto, Rosemarie, por ello he venido hasta aquí. La verdad, me ha costado mucho encontrarte. Has hallado un buen escondrijo para tu *surmenage*.

—Así es, Cougar, así es.

—¿Cómo te fue el problema de las maldiciones?

La estrella caduca se volvió pálida y asustada. Cougar había dado en el clavo, y Fire así lo advirtió.

—¿Qué sabes tú de las maldiciones?

—Sé que tuviste un problema al respecto como otro amigo mío lo tiene.

—Sí, sí, las maldiciones... Rodaba mi última película —comenzó a decir con cierto éxtasis, como si hablara consigo misma—. Hacía tiempo que no rodaba ningún filme, decían, que estaba acabada.

Patrañas, calumnias de mis enemigos. Hay muchos enemigos en el mundo del cine. Todos son buitres. —De pronto, sonrió mirando a sus interlocutores, aunque en realidad no los leía—. Tengo influencias, muchas influencias. Me costaron importantes gratificaciones, pero era rica, tenía dinero en abundancia y este hotel de reserva. Al fin conseguí rodar un filme, el guion estaba hecho a mi medida. Tenía que triunfar de nuevo, llevarme el Oscar de la Academia, cuando a medio rodaje...

—Pasaste por el templo de Satán, ese lugar aberracional que algunos psicóticos visitan.

—Sí, sí, el templo de Satán. Una bruja me dio una fotografía. Era una muñeca que me representaba a mí misma. Decían que estaba preparada para las maldiciones, pero aquella mujer dijo que podía salvarme.

—Su dios Athemis en la casa de la Avenida Slauson.

—Sí, sí, Cougar; tú siempre lo sabes todo. Allí fue. Al principio me lo tomé a risa. Me pidieron cien mil dólares por una onza de dientes de bruja molidos. Que absurdo, pensé, y no hice caso, pero se me hincharon los pies de tal forma que se interrumpió el rodaje. No expliqué a la productora lo que sucedía; hubieran dicho que eran chifladuras de vieja. El doctor Stanley aseguró que era una alergia que pronto pasaría, pero yo sabía realmente lo que era: la maldición de las brujas. Mis enemigos, los buitres que habitan el mundo del cine, habían pagado a las brujas para que me maldijeran. Después vinieron más maldiciones y compré el polvo de dientes de bruja. Ese horrible dios Athemis que devora a las brujas me salvó de sus maldiciones una y otra vez, pero yo estaba tan nerviosa que mi estado anímico se reflejó en el celuloide. La película fue un fracaso antes de su montaje. La productora rescindió su contrato conmigo; era mi fin —dijo, exaltada, olvidándose ya de toda precaución o reserva natural—. Ya no servía, lo dijeron todos. Mi interpretación había sido horrible y todo por esas malditas brujerías.

Se acercó a un cofre de bronce con dos candados que tenía sobre un secreter y con patente nerviosismo buscó las llaves.

Abrió la arqueta, sacando de su interior algo que hizo retroceder a Fire, vivamente asustada.

—La muñeca, maldita y sacrificada —dijo Cougar.

Excitada, casi fuera de sí, Rosemarie blandía en su mano la muñeca de cera de unos treinta centímetros de largo que la representaba a ella; una muñeca que tenía un montón de agujas largas, con cabezas negras, clavadas en sus miembros, en su rostro. Su aspecto era repulsivo.

—¡Se llevaron todo mi dinero, todo, pero el dios Athemis, al fin, consiguió recuperar mi muñeca! Un millón de dólares me costaron los exorcismos para escapar a las maldiciones, pero logré recuperarla. Ya no tenía más dinero y la exorcista que tanto me ayudó a escapar de las maldiciones me dijo que ya no tenía que preocuparme más. Mi muñeca había sido rescatada y lloré de alegría. Ya sólo me quedaba este hotelito, no tengo fortuna y nadie me quiere en el cine, estoy acabada...

—Rosemarie, deme esa muñeca. La llevaré a la policía.

—¡No! —gritó con furia, echándose hacia atrás con la muñeca—. ¡Nadie cogerá la muñeca, no volverán a maldecirme, yo la protegeré, sí, yo la protegeré! —Se apresuró a encerrarla de nuevo en el cofre de bronce con dos candados—. Mi pobre Rosemarie, duerme, duerme el sueño de los tiempos, mi pobrecita Rosemarie —repitió lánguidamente.

Cougar hizo un gesto a Fire y ambos abandonaron el saloncito.

Fire, vivamente impresionada, salió, dejando a la actriz abrazada a la arqueta de bronce, protegiéndola con sus manos y cabeza.

—¿Terminaron ya de hablar? —les preguntó el conserje.

—Sí, y debería preocuparse de que un psiquiatra decente visitara a Rosemarie Dalton. Lo necesita.

—Bah, todas las actrices, cuando se hacen viejas, acaban un poco chifladas, pero ella sólo pide que no se la moleste. No es mucho. Los dos loros le hacen compañía y el hotelito le produce lo suficiente como para que no le falte la comida en la mesa. Ya se sabe, se gana mucho, pero se gasta todo.

Cougar no dijo nada y empujó suavemente a Fire hacia el exterior, pasándole la mano por el hombro.

Ya dentro del automóvil, la joven preguntó:

—¿Querías desmoralizarme presentándome a Rosemarie Dalton?

—La verdad, Fire, ignoraba que hubiera llegado a ese estado. Suponía que había sido timada por esa pandilla de canallas que le

han quitado hasta el último dólar para terminar entregándole su muñeca repugnantemente acribillada por las malditas agujas. La desgraciada Rosemarie, encima, está agradecida, a quienes han explotado su dinero y sus nervios.

—Lo que han hecho con esa pobre mujer es un crimen.

—Tú lo has dicho, Fire, un crimen. En cuanto al dinero, saben exprimir bien a sus víctimas. Un millón de dólares es una cifra fabulosa, y Rosemarie no es la única de la lista. Pero ¿quién será el cerebro de la banda?

La visita había impresionado profundamente a Fire. Permaneció callada mientras Cougar conducía su deportivo rojo, aparcándolo al fin frente a su propia oficina.

—¿Subes? Una copa quita el mal sabor de boca. Tengo que hablar con Wong, me está esperando. Debo observar unas fotografías con mucha atención; quizá en ellas encuentre algo de interés.

—Está bien, tomaré esa copa. Me hace falta.

Fire subió al despacho de Cougar. Éste, al abrir la puerta, contempló con gran fruncimiento de ceño lo que allí había.

—¿Qué ha ocurrido, Cougar? Es como si hubiera pasado un huracán por tu oficina.

El suelo estaba lleno de papeles. Los cajones abiertos, los archivos desparramados. Una máquina de fotografiar estaba aplastada y también un magnetófono destrozado por pateamiento.

—Creo que he tenido visita —dijo, adentrándose en la estancia.

—Un gorila encerrado no hubiera hecho más destrozo. Por cierto, si ibas a invitarme a un trago de *whisky*, creo que voy a quedarme sin él. La botella está en el suelo y vacía.

Preocupado, Cougar tomó la botella por el gollete.

—Qué raro, esta mañana estaba casi llena.

—¿Se lo habrá bebido Wong?

—No es que Wong sea un abstemio recalcitrante, pero es incapaz de tomarse tres *whiskys* seguidos y mucho menos una botella entera. Será mejor que empiece a inquietarme por Wong. Llamaré a su apartamento.

Así lo hizo, mas nadie le respondió. Después, decidido, con un mal presentimiento, llamó a la policía.

—¿Teniente Kurter?

—Sí, diga.

—Soy Cougar.

—¿Buscas ayuda?

—Sí. Mi secretario, Wong, no está en la oficina y temo que puede haber desaparecido.

—¿Tus sospechas son fundadas?

—Me temo que sí.

—Entonces, déjalo de mi cuenta. Cuando sepa algo te llamaré.

—Gracias, teniente.

Cougar colgó y recogió los aparatos rotos y desperdigados por el suelo. Buscó dentro del cassette y no halló la cinta grabada.

—¿Crees saber quién ha sido?

—Sí, los que me pusieron el ojo tumefacto, los mismos que quieren sangrar a Parrish Hoffman, los que han robado a Rosemarie Dalton un millón de dólares provocándole el pánico a las supuestas maldiciones y han extorsionado a otros más. Por lo visto, hacen su trabajo a conciencia.

—¿Y qué harás?

—Llegar hasta el final. Tengo que desenmascararlos.

El timbre del teléfono repiqueteó. Cougar lo descolgó con presteza.

—Cougar al habla.

—Cougar, soy Kurter. Tengo malas noticias.

—¿Sobre Wong?

—Sí. Si te hubieras molestado en llamar a la Morgue de buenas a primeras hubieras hallado a tu secretario.

—¿Cómo ha sido?

—Un atropello. Aún no se le ha practicado la autopsia, pero me han comunicado que es evidente que caminaba ebrio por la calzada, apesta a alcohol. Un automóvil lo ha arrollado y luego se ha dado a la fuga. Los patrulleros están tratando de localizar el coche fugitivo; tienen algunos datos sobre el mismo, pero no te garantizo nada. Esta clase de atropellos suelen cometerse a veces con coches robados. Se encuentra el auto, pero es muy difícil localizar al conductor, que puede ser un adolescente. En fin, haremos lo que podamos.

—Gracias, teniente.

Pesaroso, colgó el auricular, cortando la comunicación. Fire se le

acercó, cogiéndole por los brazos.

—¿Por qué no le has contado lo que ha sucedido aquí?

—¿Para qué? La autopsia demostrará que Wong tenía el estómago lleno de *whisky*, estaba ebrio, y no se puede probar que se lo hayan hecho tomar a la fuerza para después llevarlo a la calle y asesinarlo arrollándolo con un coche. Esos miserables saben preparar sus coartadas; todo lo hacen bien para que la ley no los atrape, pero yo los destruiré o dejaré de ser Cougar.

—Déjame ayudarte, Cougar; puedo servirte ahora como secretaria. Mira aquí, tras la máquina de escribir: hay escrito algo que parece interesante...

Cougar se acercó y pudo leer las líneas que habían escrito en una hoja de papel, sujeta por el carro de la máquina:

«Siempre hay una mesa fría en la Morgue para quien no sigue los consejos que se le dan. Sea buen chico, Cougar. Olvídese del caso de su amigo el actor».

Agarró la hoja y tiró de ella con brusquedad, haciendo una pelota, que lanzó contra la ventana. El papel quedó sujeto entre los pliegues de la persiana metálica.

—Malditos tipos. Pagarán cara la muerte de Wong.

CAPÍTULO IX

Cougar, acompañado de Fire, llegó al *cottage* de Parrish Hoffman. Les recibió Boronín, el gorila ruso.

—¿Cómo está tu patrón, Boronín?

—De muy mal humor. Ha estado aquí el doctor Stanley con su enfermero.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha ocurrido?

—No lo sé. Me han dicho que me largara. Han estado más de una hora hablando, porque me he leído media novela policíaca. — Se palpó el bolsillo donde se había guardado el bolsilibro que le ayudaba a matar el tiempo libre que tenía.

—¿Y cómo ha terminado la visita?

—Mal; creo que han discutido. Ya le digo, el patrón está de muy mal humor. Claro que yo también lo estaría si tuviera los pies como él.

—¿Dónde está ahora?

—En el jardín. Antes estaba en su habitación.

—Vamos, Fire, conocerás de cerca a otro atormentado del mundo del cine.

—Estás quitándome las ganas de pertenecer a él.

—Encanto, el mundo interior del cine no es lo que normalmente piensa el espectador que se sienta cómodamente en su butaca.

Parrish Hoffman estaba en el jardín tal como el guardaespaldas ruso indicara. Su rostro mostraba un evidente mal humor.

—Hola, Cougar. ¿Traes ese muñeco de cera de una condenada vez?

—Tranquilízate, Parrish. Te presento a mi nueva secretaria.

—Hum, no tienes mal gusto al cambiar a un cara de limón por esta preciosidad pelirroja.

—Wong ha muerto —aclaró la propia Fire.

Parrish miró a Cougar con cierta sorpresa.

—Ignoraba que estuviera enfermo.

—No lo estaba.

—¿Entonces...?

—Lo han asesinado —aclaró Cougar.

—¿Cómo, asesinado dices?

—Sí. Lo han arrollado ex profeso con un automóvil después de visitar mi despacho y llevarse las fotografías y el cartucho de cassette que saqué de la casa de tu exorcista Sandra.

—No me digas que lo han matado por la investigación de mi caso.

Cougar asintió con la cabeza, añadiendo de viva voz:

—Sí, Parrish. Como comprenderás, ahora tengo muchos motivos para esclarecer el caso y dar a los culpables el castigo que merecen.

—¿Y la policía qué opina?

—Green que ha sido un simple atropello.

—¿Han capturado al asesino?

—No, se dio a la fuga. No iba a ser tan idiota, tratándose de un criminal, como para quedarse quieto esperando que lo arrestaran. Por cierto, ¿cómo has quedado con esa hora de charla con el doctor Stanley?

—¿Una hora? Vamos, Cougar, si sólo he discutido con él unos diez minutos. Le he dicho que no vuelva, que estoy harto de sus sanguijuelas, que me parecen un método arcaico de curar. Creo que iré a una clínica como me has recomendado, pero necesito el muñeco.

—Rosemarie Dalton ya lo tiene y está loca —dijo Fire—. Da lástima.

Parrish Hoffman miró a la joven desconcertado y luego a Cougar.

—¿Qué dice de Rosemarie Dalton?

—Parrish, tú no eres la única víctima de esa pandilla de extorsionistas. Tienes precedentes. Rosemarie Dalton es uno de ellos. Le han quitado un millón de dólares con el cuento del D.B.M.

—¿Un millón de dólares? Eso es mucho dinero.

—Todo el que le quedaba después de algunos años de inactividad.

—Pero ¿ya está libre de las maldiciones, tiene su muñeco?

—Sí; lo malo es que ha terminado demente. No desearás seguir

sus pasos, ¿verdad?

—¿Quiénes más han pasado por lo mismo?

—¿Qué te importa eso ahora, Parrish? Debes mantenerte frío contra esos tipos y no ceder. He estado hablando con Sandra.

—¿Y qué te ha parecido?

—Además de muy hermosa, una cínica. No hace mucho tiempo que se ganaba la vida haciendo *strip-tease* en París.

Fire miró al hombre con interrogante picardía y tan bien con algo de censura en el pliegue de sus labios gordezuelos.

—Eso no quiere decir nada. Hay muchas chicas que hacen *strip-tease*.

—Sí, y por lo visto tiene dotes de actriz. Hay mucha gente en Hollywood que no trabaja en el cine y vive como parásitos de vosotros, los que sí trabajáis. Sandra sabe hacer bien su papel, es una víbora.

—¿Me estás diciendo que ella lo ha organizado todo?

—No, creo que ella es una pieza importante del juego pero sólo eso, una pieza. El cerebro aún no sé quién es, pero lo descubriré.

El teléfono sonó estridente sobre la mesita que había junto a la hamaca en que el actor descansaba. Éste tomó mecánicamente, reconociendo la voz que había al otro lado del hilo.

—¿Parrish?

—¡Sandra!

Hoffman miró a Cougar. Éste, a su vez, le observó interrogante. No tenía medio de oír lo que aquella mujer decía a su víctima a través del teléfono.

—Ha habido una confusión —dijo Sandra.

—¿Una confusión? —repitió Parrish, excitado.

—Sí, en la fotografía del muñeco que le envié.

—¿Qué sucede con ella?

—Que la maldición que las brujas le han dado era para hacerse efectiva la madrugada pasada y no la próxima.

—¿Cómo?

—Sí, ha sido cosa del revelado, que me ha cambiado la fecha; ahora ya tengo la nueva fotografía.

—¿Qué nueva fotografía?

—La que yo misma he tomado al muñeco, exponiéndome mucho, como siempre.

—Pero ¿dónde demonios está mi muñeco de cera?

—En el templo de Satán, tan bien guardado que nadie puede descubrirlo. Sólo las brujas oficiales tienen acceso a él. No hay forma de sacarlo.

—Róbelo y le pagaré lo que quiera.

—No puedo robarlo, me matarían. Por el momento sólo puedo tomarle fotografías y lo hago sólo por ayudarle. Yo no gano nada en todo esto. De todos modos, lo siento por la maldición de sus piernas.

—¿Mis piernas? ¿Qué ocurre con ellas?

—¿No recuerda la foto que le mandé?

—Sí, el muñeco tenía dos agujas clavadas en las piernas.

—Pues eso lo dice todo. Como el tiempo de la maldición ya ha pasado y el dios Athemis no ha podido intervenir en su ayuda, pues usted no la ha solicitado como es debido, lo lamento por usted, por sus piernas. Lo malo es que esta noche entrará en vigor la nueva maldición...

—¿Qué maldición es ahora?

—Es desagradable decírselo, Parrish, pero perderá los ojos. Si viene a verme a mi casa, le entregaré la fotografía. Ya me he expuesto mucho y en su mano está pedir la protección del dios Athemis. Es usted afortunado, Parrish: todos no tienen la suerte de saber que las maldiciones les caen encima, teniendo la oportunidad de librarse de ellas con los exorcismos adecuados.

Parrish Hoffman se quedó con el teléfono en la Mano. Sandra había colgado al otro lado del hilo.

—¿Qué nuevo embuste te tiene preparado esa pandilla?

Hoffman no respondió enseguida. Miró sus extremidades inferiores y se percató de que sus piernas, en concreto sus muslos, se habían hinchado visiblemente, aunque no todavía en la proporción de los pies. Era evidente que las perneras del pantalón oprimían la cara hinchada en su interior.

—¡La maldición se cumple! ¡Mis piernas, mis piernas se hinchan! Fire observó las piernas de Hoffman y admitió:

—Es cierto, están inflamadas.

—Tomadlo con calma. Las maldiciones no son posibles a menos que el sujeto-víctima sea tan influenciable que él mismo se haga el daño que se le predica, y eso jamás sucede con rapidez. Por tanto,

este caso es imposible.

—¡Pues mis piernas se hinchan y eso es un hecho cierto! Quiero mi muñeco, Cougar, mi muñeco. Si no me lo traes tú, contrataré a otros que hagan mejor el trabajo. Esta noche va a costarme cien mil dólares evitar la maldición o me dejarán ciego.

—No hagas caso, Parrish. Las maldiciones son una patraña. De algún modo han tenido que provocarte esto.

—¿Cómo? Nadie se ha acercado a mí. Esta noche claudicaré. No necesito más evidencias. Mañana podría ser demasiado tarde, pero serán los primeros cien mil y los últimos. Quiero ese muñeco al precio que sea.

Cougar dijo con sarcasmo:

—Paga mucho y verás cómo, ellos mismos te lo venden. Creo que jamás un modelado en cera tan mediocre se habrá pagado tan caro.

—El muñeco me importa por lo que significa: soy yo mismo. Me he leído cinco obras de brujería y así se explica en todas. En ese muñeco está mi alma.

—Nunca le había dicho a un cliente mío tan a las claras que es un histérico y un cretino.

—¿Me estás insultando?

—Si quieres que te lo repita... Me das lástima, Parrish. Tira tus cien mil dólares si te da la gana; son tuyos y no míos.

—¡Fuera, fuera de mi casa, yo sabré arreglármelas; contrataré a otros si hace falta!

—¿A otros? ¿A quién? ¿A una pandilla de *gangsters* para que roben el muñequito de ese ridículo templo de Satán?

—*Gangsters* o lo que sea, pero me libraré de las maldiciones. Mis piernas se están hinchando por montemos y tú aún insistes en decir que todo eso son patrañas. Fuera de mi casa, Cougar, fuera.

—Estás histérico, Parrish. Yo seguiré adelante; Wong ha sido asesinado.

—Pues no verás un dólar de mi bolsillo.

—Guárdate tu dinero para pagar a los que te han cogido como limón para ser exprimido. Yo seguiré por mi cuenta. No es un imbécil como tú el que importa; es la muerte de Wong, la locura de otras personas, la extorsión de muchos.

Fire, a su lado, agregó:

—Y tu ojo tumefacto.

—Es verdad, se me olvidaba. También tengo que cobrarme mi ojo amoratado.

Cougar tomó por el brazo a Fire y la empujó suave, pero firme, hacia la salida.

El gorileco Boronín les vio alejarse, apartando su mirada de la novela de aventuras que estaba leyendo.

CAPÍTULO X

El pagador del Banco detuvo su automóvil frente al cottage de Parrish Hoffman.

Tomó el maletín de piel negra y, abandonando el coche, se introdujo en la casa. Encontró a Boronín.

—¿Está el señor Hoffman? —le preguntó.

—Sígame.

Boronín le condujo al despacho del actor. Éste se hallaba tras una mesa escritorio, ocultando sus pies y piernas hinchadas.

—Señor Hoffman...

—Pase, pase, le esperaba. ¿Trae el dinero en la forma que he pedido?

—Ya sabe, señor Hoffman, que esto no suele hacerse en el Banco, pero en atención a usted...

—Déjese de cumplidos. Soy buen cliente del Banco ¿no?

—Sí, sí, desde luego. Aquí traigo el dinero. Si usted desea contarlos...

El empleado abrió el maletín, mostrando montones de billetes de a cinco y dos dólares, todo en moneda pequeña.

—Están los cien mil, ¿no?

—Sí.

—Entonces no hace falta contarlos. —Se inclinó para firmar un cheque por la cantidad que acababan, de depositar sobre su mesa—. Aquí tiene el talón.

El hombre, viendo el mal humor del actor, se apresuró a marcharse tras comprobar que el cheque estaba extendido correctamente.

—¡Boronín!

—¿Qué, patrón?

—Las muletas que me has comprado; vamos, rápido, tengo prisa —dijo, nervioso, cerrando el maletín que contenía los cien mil

dólares.

Las muletas de aluminio, ligeras, no fueron empleadas torpemente por el mimético Hoffman. Quizá en alguna ocasión las había utilizado como actor, pero ahora las precisaba. Sus piernas se habían hinchado tanto que había tenido que recurrir a los pantalones más anchos que tenía y que eran unos deportivos de jugar al golf.

—Boronín, tú conducirás por dónde te diga. Vámonos.

El guardaespaldas se sentó al volante del «Dodge» uno de la media docena de automóviles que poseía Hoffman, y lo puso en marcha.

El amplio automóvil tuvo sus dificultades para adentrarse en el barrio mexicano, por sus callejuelas más bien estrechas y tortuosas.

Al fin, se detuvo frente a la tienda de productos vegetales y animales resecos.

Esta vez, dentro del local sólo había un corpulento indochino que mostraba una cicatriz sobre la ceja derecha.

—¿Dónde está la bruja? —preguntó Hoffman— malhumorado, apoyándose en el mostrador mientras observaba alrededor las alimañas disecadas, sin comprender cómo en el siglo veinte todavía se vendían aquellas porquerías. Claro que él estaba allí con cien mil dólares para comprar dientes de bruja molidos.

—Aguarde un momento, ahora saldrá —le dijo el oriental.

Tardó varios minutos en aparecer la vieja india, cuando Hoffman clavó en ella sus ojos, en la semipenumbra que siempre reinaba en la tienda, tuvo la impresión de que la conocía de algo.

«Claro, la he visto ya una vez», se dijo, mas no quedó totalmente convencido con su propia explicación.

—¿Qué desea?

—Una onza de D.B.M.

—¿Trae el dinero?

—Sí, aquí está. Boronín, pon el maletín sobre la mesa.

El guardaespaldas obedeció, pero la india, suspicaz dijo:

—No veo a través de la piel.

Parrish, malhumorado, soltó una de las muletas, que cayó al suelo, produciendo un ruido desagradable. Boronín se apresuró a recogerla. Con la mano libre, el actor abrió el maletín, mostrando su contenido.

Los ojos de la bruja brillaron de codicia al contemplar el dinero. Sin embargo, eran unos ojos demasiado grandes para pertenecer a una vieja india.

La propia bruja cerró el maletín y quiso llevárselo, pero Hoffman tiró de él, impidiéndoselo.

—Primero, esa porquería de D.B.M.

La india sonrió complaciente.

—Sí, claro, no faltaría más.

La bruja desapareció en la trastienda y tardó unos momentos en regresar mientras los dos hombres eran vigilados obviamente por el gigante indochino. Parrish tuvo la impresión de que iba armado y de que podía ser muy peligroso.

—Aquí tiene su onza de D.B.M.

La india le entregó una pequeña caja de plata, casi un recordatorio para colgar del cuello.

El actor la tomó con nerviosismo. La abrió y dentro halló un polvo marfileño.

—¿Cómo sé que esto es D.B.M.?

—Por los resultados, señor, por los resultados. No hay científico en el mundo que pueda probar que esto sea D.B.M., pero si fuera falso, no tendría las propiedades que usted necesita.

—Vamos, Boronín, vamos.

Le dolía dejar aquel dinero sobre el mostrador, pero no le quedaba otro remedio.

Subieron al coche y Boronín lo puso en marcha.

—¿Adónde vamos, patrón?

Le dio las señas de la casa de Sandra y hacia allí rodaron a gran velocidad.

Al fin, el «Dodge» quedó frente a la alta puerta de hierro.

—¿Tiene la llave, patrón?

—Baja del coche, imbécil. Di que soy Hoffman y que quiero entrar. Vamos, aprisa.

Boronín obedeció con presteza. Parrish Hoffman cada vez estaba más inaguantable, aunque viendo su aspecto se comprendía.

Una voz varonil preguntó a través del interfono:

—¿Quién llama?

—El señor Hoffman quiere pasar.

—Bien, entren en el automóvil y no se detengan hasta el zaguán.

Entonces, aguarden a que los leones se alejen.

Boronín parpadeó incrédulo.

—¿Cómo dice?

Mas ya no le respondieron. Regresó al automóvil.

—¿Qué te han dicho? —le interpelló Hoffman.

—Que tengamos cuidado con los leones. No será esto un zoo, ¿verdad, patrón?

—No, que yo sepa, pero nada, por extraño que parezca, va a sorprenderme en esta casa.

La puerta se abrió automáticamente, cerrándose después tras el automóvil.

Al rodar por el jardín, un león y varias leonas corrieron cerca del coche, acompañándolo. Parrish Hoffman vio pegada al cristal la cara del feroz león y por un instante pensó que abriendo la portezuela todo terminaría para él.

Boronín detuvo el «Dodge» frente al zaguán y entonces se escuchó la grabación de la estampida de una manada de elefantes africanos, sus poderosas pisadas, que deberían levantar grandes polvaredas, y su furioso barritar.

Los leones desaparecieron a la carrera ante los ojos de los recién llegados.

—Creo que ya podemos salir. Han alejado a esas fieras.

—No estoy muy seguro de ello, patrón.

Boronín ayudó a apearse al actor y éste, con sus muletas, y la cajita de plata conteniendo la onza de aquel polvo amarillento, penetró en la mansión.

Les recibió un hombre vestido de mayordomo al que tenía la impresión de haber visto antes, pero no en la casa en su anterior visita, de ello estaba seguro.

Hoffman ignoraba que aquel sujeto, vestido de mayordomo, estaba la primera vez en el repulsivo comercio de la vieja india. Aquel hombre era el mismo que había atacado a Cougar, pero ahora parecía el más severo y servicial de los mayordomos.

—Pase, señor Hoffman. Tomen asiento en el saloncito.

—¿Dónde está Sandra?

El mayordomo no parecía tener prisa en responder. Acompañó a los recién llegados al mejor de los sofás.

—¿Dónde está Sandra?

—La señora no ha llegado todavía, pero no tardará. Si tienen la amabilidad de esperarla, ella lo agradecerá. Claro que si prefieren marcharse y regresar más tarde.

Boronín miró interrogante a Hoffman. Éste, mascando las palabras, dijo:

—Aguardaremos.

—Como deseen.

El mayordomo se alejó hasta el mueble-bar. Preparó dos vasos altos y una botella de *whisky* sobre una bandeja, que depositó en la mesita baja frente a los visitantes. Después se alejó, dejándolos solos.

—Maldita sea, las mujeres nunca están cuando se las necesita, por más brujas que sean —gruñó Hoffman incapaz de contener sus nervios—. Boronín, sírveme un trago y bebe tú también.

El ruso escanció el licor con generosidad y ambos bebieron.

Hoffman notó que sus párpados cada vez eran más pesados. Transcurría el tiempo y Sandra no llegaba.

Lanzó una ojeada a Boronín y vio que éste ya roncaba plácidamente en el sofá. Se extrañó de ello, pero ya no podía pensar; todo se hizo oscuro a su alrededor. Acababa de quedarse dormido.

El falso mayordomo apareció de nuevo en el saloncito, y al verlos dormidos, sonrió satisfecho. Tomó la botella de *whisky* y la guardó en el mueble-bar, sustituyéndola por otra de igual marca, aunque con distinto contenido.

CAPÍTULO XI

Blood introdujo su automóvil en el garaje subterráneo del edificio de oficinas en que tenía su escondite. Clift, el enfermero ayudante del doctor Stanley, parecía muy satisfecho.

Una vez detenido el automóvil, quitó la llave de contacto y dijo:

—Aguárdame aquí, Clift; voy a dejar a buen recaudo estos cien mil dólares del maletín.

—Al fin ha caído Hoffman.

—Sí, ha sido duro de pelar, pero el pánico le ha hecho ceder. Luego rodará la bola y le vaciaremos los bolsillos.

—¿Un millón? —preguntó Clift, regocijándose de antemano.

—Quizá, hasta donde podamos llegar, como en las anteriores ocasiones. Cuando vea que tras pagar recupera la salud y no le sucede nada más, seguirá pagando y no hará denuncia alguna. Eso es lo bueno de este negocio.

—Lástima de ese entrometido de Cougar.

—Ha estado a punto de estropearlo todo, pero ahora Hoffman ya ha cedido. Este negocio es de mucha decoración, divertido en cierto modo y da mucho de sí —dijo, palmeando la cartera de piel negra.

—Sí, ganas mucho más que vendiendo drogas o haciendo de proxeneta.

—Bah, esos negocios sólo me sirven para sostener la pantalla, todos me ven tal como era antes. He de prepararles lo que me pidan. Me da cierto trabajo, pero así sigo metido en el mundillo de esos histéricos del cine, tan facilones para creer en supercherías y caer en nuestro cepo.

Blood asió la cartera por el asa y abandonó el coche, dejando a Clift en él fumándose un cigarrillo.

Tomó el ascensor y no tardó en llegar frente a la puerta de su oficina de venta de antigüedades. Penetró en ella. Era ya el atardecer y el despacho, como siempre, estaba vacío, pues nadie

trabajaba en él.

Se encaró con la caja de caudales.

Marcó la numeración, hizo girar la rueda timón y abrió la puerta. Giró el jarrón y se abrió la pared del fondo, introduciéndose en su apartamento secreto.

Al pasar al interior, una voz le sorprendió a su espalda.

—Quieto, Blood.

Blood se revolvió, haciendo saltar la hoja de acero de una navaja automática, pero el cuchillo se clavó en la pared cuando él, por su parte, recibía una serie de golpes en los flancos, boca del estómago y rostro, que lo tumbaron de espaldas a la cama, medio aturdido y con el labio partido.

Al abrir los ojos, vio a un hombre que le apuntaba con una pistola.

—Hola, Blood. ¿Tranquilo ya?

—Cougar.

Parece que te sorprende hallarme aquí. La verdad no está mal este rincón, pero no es nada del otro mundo.

—¿Qué quieres, Cougar?

—Primero veremos lo que llevas en la cartera. Presumo que son cien mil dólares.

—Cougar, si quieres una parte y desaparecer, podemos distribuirlo. El negocio es bueno y da para todos —propuso Blood.

Cougar abrió la cartera y dio un vistazo a los billetes. Con sarcasmo, comentó:

—El infeliz de Hoffman no ha podido resistir y ha pagado.

—Y pagará más, hay para todos. Sólo tienes que ser buen chico y quitar las narices de este asunto.

—¿Y qué ocurre con el asesinato de Wong, mi ayudante?

—No sé de qué me hablas...

Cougar soltó el maletín del dinero. Agarró por las solapas a Blood y lo zarandeó, apoyándole el cañón de la pistola entre las cejas.

—¿De veras que no sabes lo que le pasó a Wong?

—Yo no he sido, te lo juro, yo no he sido. Este negocio es limpio y no matamos a nadie.

—Pues ya ves, Wong ha sido asesinado. Lo del atropello estando él ebrio no me lo trago.

—Yo no he sido, lo juro —insistió, con vehemencia.

—Pues tienes cinco segundos para decirme quién ha sido el autor.

—No serás capaz de matarme...

Cougar sonrió de forma tan fría que la temperatura de la sangre de Blood descendió.

—Yo no soy de la policía, Blood —dijo, despacio—. No tengo tantos miramientos como ellos. La verdad es que a los tipos como tú, que pierden a tanta juventud con las drogas y a tantas chicas para satisfacer el apetito de los ricachos, les tengo ganas, ganas de aplastarlos como a alimañas. Te voy a confesar una cosa, Blood. Ésta, pistola con la que te apunto al cráneo no la tengo registrada. La utilizo para casos especiales como éste, y siempre me ha dado buen resultado; de modo que empiezo a contar hasta cinco. Luego, quizá ya sea demasiado tarde para ti.

—Aguarda, Cougar, no dispires.

—¿Dispuesto a soltar la lengua?

—Sí, sí. Fueron los dos tipos que tú conoces.

—Ya, el indochino y el otro que se disfrazaron de agentes para convencerme en forma drástica de que debía abandonar el caso de Parrish Hoffman.

—Sí, sí, ellos fueron.

—Pero estarían mandados por alguien. ¿Eres tú ese alguien?

—No, no, yo no he sido.

—Entonces, fue Stanley.

Los ojos pequeños y oscuros de Blood se agrandaron por el asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—No me saqué la licencia de investigador privado para sólo leer en los periódicos las crónicas de sucesos. He averiguado cuáles han sido vuestras víctimas, y todas ellas tenían un punto de unión: el doctor Stanley. El aseguraba que se trataba de una simple alergia, pasajera y hacía tiempo para que fuera entrando el pánico en la sangre de su víctima, y si era preciso, prolongaba la hinchazón. Todo perfecto. La víctima, escapaba de unas manos para caer en otras.

—Cougar, piénsalo bien. Hay dinero para todos.

—No conseguirás ablandarme, Blood. Por cierto, ¿cómo

conseguía el doctor Stanley hinchar piernas, pies o lo que fuera sin que su víctima lo notara?

—El doctor Stanley los hipnotiza. Es hipnólogo, ¿no lo sabías?

—No, es algo que aún no se me había ocurrido averiguar, pero que ahora ya sé.

—Los «limones» no se dan cuenta de nada. Quedan hipnotizados y el doctor les inyecta con finísimas agujas unos líquidos que él trae y que hinchán la carne de forma pasajera; claro que si el sujeto no cede, continúa inyectándole.

—Ya entiendo. Hipnotiza a sus víctimas y éstas no se dan cuenta de nada. Cuando despiertan, no recuerdan nada en absoluto. Ahora comprendo lo de las luces verdes y el tam-tam.

¿Qué más emplea el doctor Stanley para hipnotizar a los «limones», la belleza de Sandra?

—No, una emisión de baja frecuencia que repite: «duerme, duerme», sin parar, como un disco rayado. Normalmente no se oye, pero el doctor suelta su cinta cuando quiere y dice que el cerebro sí lo capta. Todo junto acaba hipnotizando al «limón». Hasta ahora no ha fallado nunca.

—Y supongo que si Sandra no se hipnotiza también es porque no mira las luces que oscilan en forma de péndulo.

—Sí, todo está calculado.

—Ahora entiendo por qué el doctor y su enfermero han estado más de una hora en casa de Parrish Hoffman y éste ha creído que sólo habían pasado diez minutos discutiendo. En el intermedio le han inyectado esa ponzoña para que se le hinchen las piernas; quizá ácido fórmico o cualquier otra porquería. Luego se marcha y al cabo de un rato llama la exorcista Sandra para comunicar que la maldición ya está hecha, y pese a que Hoffman cree que nadie le ha tocado, la maldición surte su efecto. Será bueno que le cuentes todo esto a la policía, Blood.

—Vamos, vamos el fiscal no podrá probar nada contra nosotros. No dejamos pruebas.

—Te equivocas, Blood, ahora ya lo sé todo, y cualquier hipnólogo honesto podrá volver a hipnotizar a Hoffman en presencia del jurado y de otros hipnólogos y sofrólogos, sacándole toda la verdad.

—¿A Hoffman?

—Sí, a Hoffman. Todo lo que se ve, se hace o se dice en trance hipnótico, la mente consciente lo olvida, pero la inconsciente, no, y, por tanto, en estado hipnótico otra vez lo soltaría todo delante de un jurado. Ya puedes suponer cuál sería el veredicto.

—Arriba las manos, Cougar. Suelta la pistola poco a poco si no quiere morir.

El enfermero, ante la larga ausencia de su compañero, había optado por subir en su busca, hallándole en el difícil estado de tener el cañón de una pistola entre las cejas.

—Está bien, he perdido. Toma la pistola, Blood.

Cougar, haciendo gala de su apodo de pantera americana, se revolvió y disparó hacia la puerta, en la que suponía se hallaba su enemigo. Y acertó.

Los disparos fueron consecutivos. Clift no fue lo suficientemente rápido y su plomo, al no hallar a Cougar, cruzó el espacio vacío que acababa de dejar el investigador privado, clavándose en la cadera de Blood, que se retorció de dolor en la cama.

Clift había quedado boca abajo con una bala que le hizo estallar el corazón.

—Bien, Blood, has salido bien librado, después de todo.

—Estoy herido y grave, muy grave —se lamentó Blood.

—No lloriquees tanto, no es demasiado grave. Dos o tres meses en un hospital y listo. Espero que no te quedes paralítico de las piernas. Voy a llamar a mi amigo el teniente Kurter.

—¿A la policía?

Le contaré lo ocurrido y le diré que pase a recogerte. Dejaré los cien mil dólares aquí y sentiré tener que dormirte de un culatazo para que no intentes escapar. Ah, y cuando el teniente Kurter llegue, suelta tu lengua como lo has hecho conmigo y verás como el fiscal será benévolo por colaborar con la policía. Si después de todo nada tuviste que ver con el asesinato de Wong, nada has de temer; que paguen los verdaderos culpables.

—Sí, sí, pero no me golpees la cabeza.

—¿Por qué no? Te dolerá menos el balazo y también te moverás menos. Así, la bala no se internará más en tu repugnante cuerpo. Yo tengo que marcharme. Alguien me espera vigilando la casa de tu compinche Sandra.

—¡No, átame las manos y te prometo contárselo todo a la policía!

—De acuerdo. Vamos, ponte las manos a la espalda. El cordón del teléfono servirá para maniatarte cuando haya terminado de hablar con el teniente Kurter. De este modo no se te ocurrirá avisar a tus compinches para que emprendan el vuelo.

Fire se alzó ligeramente para depositar un beso suave y rápido en los labios del hombre que acababa de introducirse en el automóvil.

—Cougar, creí que no venías nunca —suspiró.

—He tenido trabajo y he dado trabajo a la policía. Esa pandilla pronto estará a buen recaudo.

—Entonces, ¿por qué no dejas que la policía termine el caso?

—Porque el principal testigo de cargo debe estar ahí dentro. ¿Cuánto hace que ha llegado Hoffman?

—Más de dos horas y aún no ha salido de la casa.

Bien. Si demostramos al propio Hoffman que lo ocurrido ha sido una maligna extorsión, se convertirá en testigo de cargo más furioso contra esa pandilla. Después, los otros perjudicados, al ver en qué consistía el engaño, se presentarán en la Corte para aumentar los cargos y será el fin de esa banda de malditos supercheros y en especial del doctor Stanley.

—Pero, si viene la policía, ocurrirá lo mismo.

—No, no debe quedar ninguna duda para Hoffman. Hay que encontrar ese muñeco sacrificado y entregárselo. Que vea cómo lo han hipnotizado, cómo lo han engañado y que el maldito muñeco al que tanto teme no está en el ridículo templo de Satán, sino en la casa.

—¿Vas a intentar entrar solo ahí dentro?

—Sí. Rodearé la casa y trataré de entrar por su parte posterior.

—Pero ¿no me contaste que custodiaban la casa una manada de leones?

—Sí, y llevo una pistola con silenciador por si me las tengo que ver con las fieras.

—Temo por ti, Cougar.

—Cariño, si salgo de este lío voy a casarme contigo y deberás acostumbrarte a los peligros que debe pasar un investigador privado.

—¿Casarte conmigo, lo dices de veras?

—Naturalmente; no estoy en condiciones de pagarte un sueldo como secretaria. Quizá como esposa me salgas más barata — bromeó.

Fire lo besó en los labios con tanto apasionamiento que él tuvo que separarse a los dos minutos.

—Cariño, voy a necesitar mucho aire para entrar allí. No me vacíes más los pulmones.

—Ve con cuidado, Cougar, no te arriesgues. Ya que ahora no me interesa el cine, no vayas a fallarme. Me daría mucha rabia quedarme viuda antes que casada.

Cougar, bien armado, rodeó la casa buscando un lugar propicio para saltar la verja.

Suponía que las fieras estarían en la parte frontal, es decir, en la gran extensión de césped que había ante la fachada de la casa y que en la parte trasera no habría tanto peligro.

El muro era alto y sobre él pasaba un cable de alta tensión. Hubo de subir a un árbol y lanzarse desde él con gran riesgo y de forma casi inverosímil. Pasó por encima de la cerca, rozando el cable eléctrico.

Rodó sobre el mullido césped.

Cruzó el jardín y se dirigió a la casa. Sabía que los vidrios eran demasiado gruesos para ser cortados con el pequeño diamante que llevaba.

Clavó su mirada en las ventanas del piso y supuso que aquellos cristales no serían también de triple grosor. Se dirigió a un canalón de desagües para disponerse a trepar por él cuando se le apareció una de las fieras que deambulaba sola. Era una leona de gran peso, que rugió al verle, dispuesta a atacarlo.

Cougar la vio correr hacia él y apuntó con su pistola metódicamente entre las dos cejas de la fiera. Jaló el gatillo.

Un taponazo apenas y el proyectil se introdujo en el cráneo del animal, que rodó sobre sí mismo para quedar quieto, tendido sobre la hierba como si dormitara apaciblemente.

Antes de que aparecieran más leones, subió por el canalón hasta el ventanal.

Practicó un agujero con el diamante, pegó una ventosa al cristal e introdujo la mano cuando ya el día se hacía noche. Abrió la

ventana y ya sólo tuvo que saltar al interior.

La casualidad quiso que entrara en una estancia dedicada a modelado de cera y fotografía. Se fijó en una cámara fotográfica de gran calidad, montada sobre un trípode. Frente a ella, sobre una plataforma negra mate, un muñeco. No cabía duda: era el muñeco de Parrish Hoffman. Tenía agujas clavadas en los pies, en las piernas, y ahora tenía ensartadas dos repulsivas agujas en los ojos. Comprendió la amenaza de su ceguera.

Tomó el muñeco y se dispuso a salir, cuando escuchó pasos en aquella dirección.

Se colocó junto a la jamba y aguardó en la semioscuridad. La puerta se abrió, apareciendo el gigante indochino.

—Ya he liquidado a dos. Quieto tú ahora o serás el tercero —advirtió, con gravedad—. Levanta las manos.

El indochino obedeció, girándose para ver a su captor.

—¡Cougar!

—Mira el agujero de mi pistola, que además va provista de silenciador. ¿Quieres el obsequio de un plomo? No te cobraré los diez centavos que me cueste la bala.

—No tiene por qué matarme, Cougar.

—De acuerdo. Dime quién modela estas preciosidades en cera.

—Yo.

—Vaya, eso sí es una sorpresa. ¿Tú un modelador? No me digas que también has hecho las estatuas que hay abajo.

—Así es. Me moría de hambre en Camboya, vine a Norteamérica y...

—Seguiste muriéndote de hambre hasta que se te ocurrió que tus manazas, además de modelar o esculpir, de crear arte, podrían servir para el crimen.

—Me contrataron para guardaespaldas. Luego, se complicaron las cosas. No va a matarme porque le golpeé, ¿verdad?

—Vamos, camina. Vas a contarme algunas cosas de esta singular mansión.

—Se lo diré todo si me deja escapar.

—Vaya, grandote y cobardón. ¿Cuántos sois ahora en la casa además de los visitantes de Sandra, de la vieja negra y el doctor Stanley?

—Está Louis, el otro que se disfrazó de agente.

—Sí, ya le conozco bien. Por cierto, la india que vende porquerías, ¿es cómplice vuestra también?

El indochino lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes, amarillo del demonio?

—La vieja india es Sandra. Cuando se disfraza lo hace muy bien; parece totalmente una vieja.

—Vaya, eso sí es una sorpresa.

—Creo que si olvida el rencor que nos tiene puede entrar en el negocio. Da dinero para todos.

Cougar pensó que aquélla podía ser una forma de llegar a Stanley y sin demasiados riesgos.

—De acuerdo —aceptó—. Llévame con Stanley. Quizá le interesen mis condiciones.

—Stanley y Louis están ocupados ahora.

—¿Preparando el teatro para Parrish Hoffman? Estarán haciendo funcionar las luces y el tam-tam,

¿no es cierto? ¿De dónde sale ese cristal que protege a Sandra?

—De debajo del entarimado. Se quita la última plataforma y mediante un motor se iza el cilindro de cristal. Ella queda protegida en su interior.

—¿Y cómo sale?

—El cilindro, por la parte posterior, tiene una puerta también de cristal y muy disimulada.

—Entonces, no perdamos tiempo.

En el saloncito, Cougar descubrió a Boronín durmiendo en el sofá. Luego pasaron a una pequeña habitación lateral donde se hallaban los controles. Comunicaba con el gran estudio donde se hacían los falsos exorcismos mediante la puerta del horno para esmaltes.

—Quietos, Stanley, Louis y tú, amarillo, también. Vamos, den la luz y paren el tam-tam y todo lo demás.

Quisieron reaccionar violentamente, pero Louis recibió un balazo en la pierna que lo hizo caer. A continuación, Cougar propinó un rápido culatazo en la nuca del indochino, sumiéndole en la inconsciencia.

El doctor Stanley, un sujeto maduro, grueso y de baja estatura, apretó los labios rabioso, viéndose perdido, e intentó huir por la puerta del falso horno eléctrico.

Pasaron al estudio. Allí, en pie, todavía sin hipnotizar, estaba Parrish Hoffman, manteniendo el equilibrio con las muletas. Por lo visto, a Boronín le habían dado una sobredosis del somnífero mientras que Hoffman había sido despertado para la sesión que se celebraba en su honor.

—¡Cougar!

—¿No querías tu muñeco, Hoffman? Ahí lo tienes. Te dije que ellos eran unos delincuentes, y el doctor Stanley es el jefe.

—Yo, no —denegó el médico—. El jefe es ella.

Señaló hacia el cilindro de cristal, dentro del cual se hallaba la bella Sandra, ahora con una peluca blanca que le servía de vestido, tal como la describiera Parrish.

Como todos los contactos electrónicos habían sido cortados y la vieja negra, sólo puesta en la escenografía para impresionar a las víctimas, no podía ayudarla, Sandra salió del cilindro de cristal y echó a correr hacia la puerta.

—¡Mátala, Cougar, mátala! —chilló Hoffman, fuera de sí, con el muñeco sacrificado en sus manos.

—¿Matar a una mujer que huye? Nunca. La atraparé.

Afuera, en el jardín, se escucharon ráfagas de ametralladora.

Cougar corrió tras la bella Sandra, cerebro de aquel maquiavélico plan. Ésta, viendo venir por el jardín a la policía, cambió su rumbo de huida.

Cougar la siguió por unas escaleras que parecían conducir a un sótano.

Al fin, abrió una puerta de hierro y desapareció tras ella. Cougar la seguía a pocos pasos, y cuando abrió la puerta, descubrió algo horrible.

Sandra yacía en el suelo de una cueva de leones, sucia toda ella. La cabeza de la joven había sido cercenada de un solo zarpazo. El león, el único macho de la manada, la había decapitado y ahora mostraba sus colmillos a Cougar. Éste, sin dudarle un instante, le puso dos balazos entre las cejas, que terminaron con la fiera asesina que había matado a Sandra cuando ésta creía que la policía había estado eliminando a los leones y que aquella salida la encontraría

expedita para su fuga.

Media hora más tarde, abrazado a Fire, David Kane alias Cougar subía a su automóvil «Ferrari» cinco litros.

—El teniente Kurter se ha hecho cargo de todo. La confesión de Blood ha sido completa. Esa gente se acobarda muy pronto y suelen traicionarse los unos a los otros. El honor del mundo del hampa siempre queda en entredicho.

Cougar besó a la muchacha cuando alguien golpeaba el cristal del coche. Desde el exterior, Parrish Hoffman, agradecido, le gritaba:

—¡Cougar, cobrarás el doble, como te prometí; eres el mejor detective privado de California!

Mas Cougar no le oía. Los besos de Fire estaban tan cargados de llamas como el color de su cabello.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] «Cougar», pantera americana. < <